

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEONARCIBOLO

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas — (Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.— Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada. — Suscripción anual: para el público, 10 pesetas: para los accionistas y maestros, 5. — Extranjero y América, 20. — Número suelto, 1. Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción. — Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XXII.

MADRID 31 DE OCTUBRE DE 1898.

NÚM. 463.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

Las escuelas visigodas, por D. F. de Castro. — El patriotismo y la Universidad, por D. R. Altamira. — Revista de revistas, por Doña I. Sama, D. G. J. de la Espada y D. A. Buyla.

ENCICLOPEDIA.

La historia del pensamiento de Platón, según un libro reciente, por D. F. Giner. — El oro nativo en la península ibérica, por D. S. Calderón.

INSTITUCIÓN.

Libros recibidos.

PEDAGOGÍA.

LAS ESCUELAS VISIGODAS (1),

por D. Federico de Castro,

Catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla

Con la dominación romana concluyó verosímilmente en España la enseñanza laica. Sidonio Apolinar, refiriéndose á su escuela, llama á Córdoba *praepotens alumnis* (2), y á poco en el Código de Alarico faltan todos los títulos del Teodosiano referentes á profesores escolares y enseñanza. Dividiase ésta, en los últimos tiempos del Imperio, en tres períodos: la *schola* ó *ludus literarius*, á la que asistían los niños de ambos sexos (3), desde la edad de 6 á 7 años hasta

(1) Del tomo II de la obra del Sr. Castro, *Doctrinal de Historia crítica de España*. (En publicación.) Sevilla, Díaz, 1898.

(2) *Corduba praepotens aumnis*. (Excusatio ad Felicem, versículos 231.)

(3) Esta unión de ambos sexos en la escuela consta de estas palabras del epigrama de Marcial *In Magistrum ludi*:

*Quid tibi nibiscum est, scelerate magister,
Invisum pueris, virginibus caput?*

de las de Paulo Egineta, contemporáneo de Honorio: *Ab anno sexto et septimo, tum pueri tum puellae litteratoribus blandis*

los 12 ó 14 (1); desde éstos hasta los 21, se les enseñaban las artes liberales, y desde entonces podían emprender los estudios profesionales, la Jurisprudencia, la Oratoria, la Filosofía, la Medicina y la Arquitectura. Los profesores eran públicos ó privados: éstos daban su enseñanza á domicilio ó estableciendo repasos en el suyo; de aquellos, unos eran nombrados y retribuidos por las curias, otros abrían cátedras públicas (*auditorium*) por su propia cuenta, ya gratuitamente, ya exigiendo retribución. Salvo excepciones, el profesorado no estaba bien retribuido, pero se le daba gran consideración, hallándose exceptuado de las *munera*, y concediéndole á los 20 años de auditorio público, y á los médicos de palacio el título de condes de segunda y aun de primera clase.

Como los griegos, los romanos, á la enseñanza intelectual, unían también la física. La gimnástica era de tres especies: la común y ordinaria, que Galeno llama también médica, la militar y la que se llama viciosa, porque sólo era propia de los atletas. Maestro de la primera era el *palestricus*, que abarcaba todos los ejercicios de fuerza, de agilidad, de destreza y de gracia, el tiro de armas, la equitación, la natación y aun la manera de presentarse, por lo que Quinti-

humanisque tradentur. (Medice Opera, libro I, cap. XIV), y de una pintura de Pompeya, en que se representa una escuela, en que las niñas están sentadas al lado de los niños, y el maestro azota á uno de ellos, sujeto por otros dos (*).

(1) Véase sobre este punto, y en general sobre la enseñanza entre los visigodos, el lib. 2.º del tomo III de Pérez Pujol, *Historia de las instituciones sociales de la España goda*, capítulo que fué publicado en 1884-85 en el BOLETÍN. — (N. de la R.)

(*) Como hoy en Inglaterra en las *Public-schools*, ó escuelas secundarias (Eton, v. [gr.]) — (N. de la R.)



liano quiere que el orador aprenda sus ademanes en la palestra. El *palestricus* era un profesor privado; pero además en el campo de Marte, y después en las termas, había palestras y gimnasios en todas las ciudades del imperio, dirigidos por un *gymnasiarcus* para contener los excesos de jóvenes. Estos ejercicios constituían un grupo de artes liberales, compuesto del salto, (*saltus*), la carrera (*cursus*), el disco (*discus*), y que comprendía el del aro (*trocus*), el de la pelota (*pila*) y el del *pugilatus*, parecido al boxeo inglés y que fué sustituido por la *jaculatio*, arte de lanzar armas arrojadas; á ellos iban inherentes la equitación, la natación, la esgrima, la caza y el baile.

La desaparición de las escuelas municipales dejó en pie sólo las eclesiásticas. No sabemos la suerte que éstas correrían; pero el Concilio II de Toledo las da como subsistentes en tiempo de Amalarico (1). Estas escuelas eclesiásticas estaban organizadas tomando á las laicas por modelo. Por Paulo Emeritense, sabemos que en el monasterio de Cauliana aprendían los niños las primeras letras bajo la dirección de maestros ó pedagogos (2); y á recibirla de San Valerio acudían muchos cuando el tiempo lo permitía, á las soledades del Vierzo (3). A la enseñanza estuvo probablemente destinado el libro de las *Etimologías*, que San Isidoro escribió á petición de San Braulio, lo que confirmaría la existencia de numerosos extractos que, como el *Comprehensorium*, existente en la Biblioteca Nacional, tuvieran, como piensa el Sr. Amador de los Ríos, por objeto atender á la educación de la adolescencia y de la juventud, y dar consejos á la edad madura (4).

Ello es que las *Etimologías* comienzan por las siete Artes Liberales, correspon-

dientes á nuestros estudios de segunda enseñanza, y siguen por los que podríamos llamar profesionales. De que estas enseñanzas se daban, y de que había escuelas para ello, tenemos algunos datos. San Fructuoso fué discípulo de Conancio en Palencia, y refiere que los criados que le preparaban la celda fueron arrojados *quidam de sumptoribus*; el duque Claudio estudió con San Isidoro, bajo la dirección de San Leandro; del noble Heladio, monje y después abad del monasterio Agaliense, fueron discípulos Justo y Eugenio, luego obispos de Toledo; y de San Isidoro escriben sus biógrafos que no sólo enseñaba personalmente, sino que fundó en las cercanías de Sevilla un colegio, para el que procuró, sin reparar en sacrificios, traer los maestros más aptos, y en el que permanecían los escolares cuatro años. Este colegio debió servir de norma para las escuelas catedrales que establecieron los concilios. Lo que no se comprende es cómo, con las enseñanzas elementalísimas de los *Orígenes*, pudieran formarse arquitectos, marinos, ingenieros ni médicos. Necesariamente habían de practicar después con algunos de los peritos en estas profesiones, y á éstos deben ser á los que el Fuero Juzgo llamaba *famulos in doctrina*, tratando de los médicos (1). El objeto, si no exclusiva, predominantemente eclesiástico de la ciencia y de la enseñanza, obliga á que las dos experimenten importantes modificaciones. Separóse la educación de los dos sexos, declarando San Julián, al concordar dos textos aparentemente contradictorios de San Pablo (2), que éste lo que prohíbe es que las mujeres enseñen á los hombres, pero que les permite enseñar á niñas, aunque no en la iglesia, sino en su casa, como

(1) En el Canon I, se dispone que á los jóvenes que se educaban en un colegio á vista del obispo, al llegar á los 18 años se les explore públicamente sobre el estado que quieren escoger; y en el II, que los educados en una iglesia no puedan pasar á otra, ni el obispo recibirlos, sin acuerdo del Prelado.

(2) ... *pueri, qui sub paedagogum disciplina in scholis litteris studebunt*. De Vita Patr. Emerit., cap. 11.

(3) *Venebant quidem tranquillo tempore adolescentuli multi mae quoque se mancipantes doctrinae*. (S. Valerii Narrationes, Esp. Sagr., t. xvii.)

(4) No aceptamos de plano esta opinión, pues aunque es la traducción literal de las palabras de su compilador el monje Juan, *ut hic succant pueri, ut edant juvenes, ut adescant*

senes, esta frase nos parece sólo un giro retórico, pues mal podría ser un libro destinado á la enseñanza un extracto por orden alfabético, una especie de índice; acaso el mismo Amador de los Ríos no entiende tampoco en sentido llano el que servía para facilitar la exposición de la doctrina.

(1) Lib. xi, tit. 1, lec. vii. *De mercede discipuli*.

(2) A la pregunta de cómo San Pablo en la primera epístola á Timoteo dice no permite enseñar á las mujeres, y en la epístola á Tito les concede esta facultad, responde San Julián en su *Antikeimenon* (lib. 11). *Sic enim intelligendum est ut in viros faeminis sit doctrina sublata, coeterum adolescentula doceant quasi filias suas... et hoc non in Ecclesia, sed privatim*.

si fueran hijas suyas, comenzando con esto la educación puramente doméstica de la mujer entre nosotros. También desapareció la antigua educación física pública; pues San Isidoro, al hablar de los gimnasios que había en las termas, dice que se llamaban así: *Quia ibi atletae exercitantur* (1). Claro está que en un pueblo guerrero, como el visigodo, no habían de faltar los ejercicios militares; y San Isidoro nos testifica que los certámenes de estos juegos eran entre ellos de uso cotidiano (2). Queda, pues, la gimnástica militar y quizá la atlética; pero la médica desaparece.

EL PATRIOTISMO Y LA UNIVERSIDAD,

por el Prof. D. Rafael Altamira y Crevea,

Catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo.

(Continuación) (3).

Todos estos remedios, de orden preferentemente intelectual, no deben hacer olvidar á la Universidad su misión educadora, su «misión moral», de que hubo de hablaros, en ocasión igual á la presente, nuestro compañero Sr. Sela. Por el contrario, conviene repetir una y otra vez que en los momentos de crisis para un pueblo es cuando más falta hacen «los caracteres rectos y firmes, la elevación de sentimientos y la dignificación de la vida». El terrible desastre que hemos sufrido en nuestro imperio colonial, ha originado una enorme depresión del ánimo, aumentando el pesimismo y la desconfianza. Contra estos terribles peligros sociales puede y debe reobrar la Universidad, tendiendo á crear generaciones de ánimo viril, que no se apoken ante las dificultades que todos los pueblos han sufrido alguna vez, en tanto ó mayor grado que nosotros; generaciones nutridas de un elevado entusiasmo por la regeneración de la patria, conocedoras del valor inmenso que para luchar en el mundo tiene la acción, y que, en vez de diluir en palabras sus opiniones, para luego desertar

en la hora del esfuerzo positivo, estén prontas á sostener en la realidad de la vida, en la forma concreta del bien fructífero, su aspiración de salvar el sagrado depósito del espíritu patrio, y de romper con las dificultades que se opongan á su depuración y engrandecimiento. Enseñemos á la juventud á ser menos lírica en discursos, en manifestaciones, en protestas verbales, en desplantes de patriotería y en juramentos de lucha incansable contra el mal, para que sea más enérgica, más resuelta, menos accesible á las composiciones y compromisos mezquinos de la existencia vulgar, y sepa mantener sus convicciones en los momentos de prueba con el esfuerzo y la afirmación de su voluntad incontrastable, orientada hacia el ideal: *sed magis amica veritas*.

Desde el continuo y fervoroso trabajo de cada individuo en la especialidad escogida por su voluntad ó por su vocación, hasta el voto, que en la vida social y política moderna resuelve tantas cuestiones de principios, la juventud tiene á su vista una serie interminable de actos positivos, de heroismos diarios, pero trascendentales, que significan mil veces más que las heroicidades grandes soñadas por la imaginación irreglada de jóvenes y viejos, más que cien discursos llenos de promesas vanas, é infinitamente más que el pesimismo negro, la amenaza constante, la queja llorona y el desprecio de todo lo existente que, si da aires de «reformador» y de «ilustrado» á quien los exhibe pomposamente, suelen también ir unidos á la más absoluta inacción en cuanto se trata de «edificar» para sustituir á lo «destruido».

En esta parte moral de su misión, puede la Universidad hacer también gran servicio al sentimiento patriótico, depurándolo de sus exageraciones egoístas, para bien de la humanidad toda. La Universidad debe trabajar por la paz, debe, como representante de las más altas cualidades del espíritu, á la vez que afirmar el sentido racional de la lucha por el derecho, que proclamó Jhering, tratar de suprimir en las relaciones internacionales el sello de barbarie y de rapacidad maldita que aún tienen hoy, y que por igual alcanza á los pueblos superiores (como Inglaterra) y á los inferiores (como Turquía), á los viejos (como

(1) Etim., lib. xv, cap. II.

(2) *Ludorum certamina usu cotidiano gerunt*. San Isid. *Recapitulatio in laudem gothorum*.

(3) Véase el número anterior del BOLETIN.

España) que á los nuevos (como los Estados Unidos del Norte-América). El enorme desengaño de la pasada guerra—en la cual, quien realmente ha sido vencido es el derecho internacional moderno—quitará sin duda muchas de sus esperanzas á los enemigos de la lucha armada, á los partidarios del arbitraje, que acaso confiaban en el apoyo inmenso de un pueblo joven, libre de toda tradición militar y conquistadora, dedicado á las artes de la paz y propagandista entusiasta del derecho y de la justicia universales. El pueblo joven ha claudicado, cayendo en las mismas faltas que le hacían despreciar á los pueblos viejos (1). El retroceso que esto supone es tan grande, que tal vez anule por muchísimos años los esfuerzos hechos hasta hoy, y los que se realicen en lo porvenir, para humanizar las relaciones entre los pueblos. Más de un espíritu sincero, de los que no se cierran ante las grandes enseñanzas de la realidad, aunque contradigan sus más caros y generosos ideales, habrá sentido desfallecer sus convicciones, y dudará de la redención de los pueblos en este orden, suscribiendo, por lo menos, á la razonada advertencia de Sully-Prudhomme, para quien, hoy por hoy, es preciso «resignarse á la guerra», como un mal inevitable, y saber «sacar el mejor partido posible de sus necesidades para la patria y el carácter nacional» (2). Pero sin negarse á que el Estado aproveche esta terrible y desdichada lección, la Universidad debe continuar la obra de paz, templando las pasiones de venganza en los suyos (3), llamándolos á la obra interior, más fructífera, sólida y humana que las caras ilusiones de engrandecimientos exteriores, y estableciendo el acuerdo internacional con las instituciones hermanas de todos los países, para oponer en su día, á la crueldad de los ambiciosos,

(1) Véase, en confirmación de esto, el importante artículo del profesor (norteamericano) Stoerck, *El derecho internacional norte-americano*, traducido por la *Revista de los Tribunales* (Julio, 1898). ¡Tantos hechos más, de los norteamericanos, antes y después de la firma del protocolo, pudieran añadirse á los que cita Stoerck!

(2) *Patrie, Armée, Discipline. (Rev. des Deux Mondes, 15 Junio, 98.)*

(3) La juventud francesa—tan patriota en otros aspectos—es enemiga hoy día de la famosa «revancha», que hizo tristemente célebre al partido bulangista...

el dique enorme de la opinión intelectual, enemiga, no sólo de la guerra, sino de las grandes injusticias que la diplomacia sanciona, también, á menudo.

III.

Pero la Universidad no debe olvidar, al enaltecer la preferencia de la obra interior en los pueblos, que España no es una personalidad aislada en el mundo, último vástago de una familia agotada: sino que, por el contrario, tiene descendencia en numerosos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente española y que tienen de común con ella cualidades útiles que desarrollar, defectos que corregir é intereses que poner á cubierto de absorciones extrañas. Semejante solidaridad empieza á ser comprendida ahora, á la vez, en España y en las naciones hispano-americanas, por el elemento culto y director, que sabe sobreponerse al recuerdo, indiscreto é ilógico, de pasados errores. Los testimonios que pudiera aducir en prueba de esta afirmación (1), son muchísimos, particularmente del lado de América, y bastan para reducir el valor (demasiadamente acentuado á veces por nosotros mismos) de manifestaciones contrarias, casi siempre emanadas de las capas sociales que con más persistencia guardan los sentimientos de hostilidad, aunque

(1) Véase, por lo que toca á Chile, el artículo dedicado por la revista *El Educador* á conmemorar el LXXXVII aniversario del grito de independencia chilena, y el más importante del Sr. Letelier, publicado en *La Ley* de 22 de Set. 1897, extractado en parte en mi *Rev. crít.* (Enero, 1898). Por lo que se refiere á la Argentina, los dos artículos de Ruben Darío, en *La Nación* de Buenos-Aires, (12 Jun. 97, pág. 5) y en *El Tiempo* (12 Mayo, 98), y la conferencia de D. Alberto del Solar, publicada en *El Correo Español* de 22 de Junio y comentada por Calixto Hoyuela en *El Tiempo*, de igual fecha. En punto á Méjico, véase la carta publicada por *La Época* en uno de sus números de Julio último. De la iniciación de iguales corrientes en Bolivia testimonian un artículo de *El Comercio*, de Cochabamba, reproducido por *El Imparcial*, de Madrid; y de las favorables disposiciones del Perú júzguese por la firma del Tratado adicional de paz y amistad, firmado en 18 de Junio, y los actos realizados con nuestro ministro plenipotenciario. Sabido es también el entusiasmo con que todas las Repúblicas hispano-americanas concurrieron á los actos todos del Centenario del descubrimiento, en 1892.

hayan desaparecido las causas y sea locura pensar en su renovación. Baste decir, como síntesis de lo que en nota se indica, que esta corriente alcanza á todos los órdenes de la vida nacional, al político tanto como al científico. Mas á nosotros sólo nos corresponde examinar aquí las relaciones que se refieren á la inteligencia y á la educación, á la defensa y desarrollo del espíritu de raza; aunque, en rigor, todo se halla íntimamente relacionado é influido en la vida de los pueblos.

Así como hay una política pequeña, mezquina, que atiende sólo á los problemas menudos y de momento, para «vivir al día», ó se nutre de suspicacias, envidias y conjunciones utilitarias pasajeras, hay una política elevada que tiene por norte los grandes intereses de la civilización, y sin mezclarlos con ambiciones territoriales, ni con el espíritu de rapiña internacional—que, para ejercerse sobre seguro, busca y aprovecha el recurso de alianzas «naturales» más ó menos fundadas—atiende á la agrupación de los elementos afines con el intento de firmar la permanencia y la colaboración fructífera del genio de la raza ó del grupo en la obra común humana, evitando que lo arrollen otros factores y que se pierda la independencia sustancial de cada uno de sus órganos diferenciados en nacionalidades y Estados jurídicos. Esta política ideal, que mira á lo futuro, é impone á veces sacrificios al amor propio actual de esos elementos afines, es quizá más lógica y necesaria tratándose de España y de las naciones surgidas de sus antiguas colonias, que en ningún otro caso de troncalidad étnica y espiritual que el mundo moderno puede ofrecer. Para ellas, y para nosotros, representa el grado más alto y puro del patriotismo, puesto que mira á intereses eternos, y parte de la afirmación y reconocimiento de todas las personas sociales que á ellos responden. Se comprende bien, sin embargo, que las nuevas naciones americanas, cuya lucha por la independencia política duraba todavía á fines del primer tercio de este siglo, necesitaran muchos años para dar al olvido los odios que la guerra crea, aun entre hermanos, y poder pensar en relaciones que una más serena visión de los grandes intereses de la raza impone de suyo. En España obra-

ron las mismas causas, quizá en parte con mayor fuerza, por haber sido la vencida en el combate. De los mutuos prejuicios, reservas y suspicacias que semejante estado había de producir entre las dos fracciones del espíritu español, el europeo y el americano, nació la pequeñez y el apocamiento de la política internacional de uno con otro, pequeñez reflejada en las mismas relaciones de los Estados americanos entre sí. Semejante limitación de miras descarrió el sentido del patriotismo en los países hermanos. España, como nación más formada y de mayor granazón de espíritu, pecó sin duda mayormente, puesto que la conciencia y el cumplimiento de los deberes con tanto más rigor se debe exigir cuanto más elevado es el desarrollo de la persona. Faltaron entre nosotros verdaderos patriotas prácticos (1) que, dándose cuenta del interés que para todos tiene la intimidad hispano-americana, la preparasen, apartándose de los peligrosos caminos de la política ordinaria, para fundarla y hacer obra patriótica en lo no político, que es, al cabo, y en el fondo, mucho más político que lo llamado estrictamente así (2). No debe extrañar, pues, que desde el Tratado de 1836 con Méjico, que inauguró la reanudación de relaciones diplomáticas, trascurrieran nueve años antes que los celebrásemos con otras Repúblicas, y aun fuese posible el conflicto de 1864 con el Perú y sus aliados. Hasta 1879 no empieza el verdadero período de los Tratados de España con las naciones americanas (3), numerosos de 1880

(1) No debe llevarnos esto á desconocer (como con frecuencia desconocen algunos americanos: v. gr., el colaborador del *Mercure de France*, P. E. Coll, en su artículo *Lettres latino-américaines* (Octubre, 1897) la excelente acogida que aquí han merecido siempre los buenos literatos americanos, y los elogios y la propaganda que de ellos han hecho escritores tan notables como Valera, Menéndez y Pelayo, y otros.

(2) Si nuestros *filisteos* (los hombres del comercio y de la banca) pensasen despacio acerca de lo que influyen en los intereses positivos, en la venta del vino y las telas, en el tipo de los cambios, etc., las uniones intelectuales entre los pueblos, ¿cómo habrían de despreciar esas aparentes «inutilidades», ni escatimar su dinero para los gastos que á ellas se refieren, y que dan luego ciento por uno? Pero el egoísmo es tan ciego, que no ve lo grande mediato, distraído por la mezquindad de lo pequeño más próximo.

(3) Véase un resumen de los datos referentes á este punto en el discurso del Sr. Labra sobre *La intimidad ibero-americana* (Madrid, 1894), pág. 16.

á la fecha. Pero no basta mantener relaciones de esta clase, como se mantienen con otras naciones. Las Repúblicas hispano-americanas son, y deben ser para nosotros algo más que Francia ó Italia, y muchísimo más que Inglaterra ó Rusia; y por tanto, nuestra relación con ellas ha de ser, en todos órdenes, de un género distinto, de una intimidad infinitamente más honda, fundada de una parte en aquel común espíritu y aquellos análogos intereses de que antes hablábamos (1), y de otra en la existencia de numerosísima población directamente peninsular que hay en muchas de las citadas naciones, y que tan vivo mantiene (como recientemente se ha visto) el sentimiento patriótico.

Que semejante necesidad la sienten ya muchos espíritus elevados, lo demuestran las manifestaciones de aproximación que antes de 1892 comenzaron á producirse, en el orden de la industria, de la ciencia y de la literatura (personal docente y profesional español buscado por los Gobiernos americanos; creación de las Academias correspondientes de la Española y de la de Legislación y Jurisprudencia), y sobre todo por las que hubieron de producirse, en el orden intelectual, con motivo del centenario del descubrimiento de América. Reunidas las conclusiones de los Congresos, Jurídico, Mercantil, Geográfico, Literario y Pedagógico, entonces celebrados, ofrecen un programa amplísimo y fecundo para el patriotismo ideal de la dilatada familia hispánica, y una serie de sugerencias y proyectos, *gacetales*, para dirigir y aplicar el indeciso entusiasmo de los que, con la mejor intención del mundo, no aciertan, después de mucho hablar, á traducir en «acción» sus propósitos de reforma y su propaganda de caminos y horizontes amplísimos, pero á menudo brumosos. Bastaría dedicar con ahinco todas las energías nacionales á la realización de las conclusiones citadas, para que esta parte esencialísima del patriotismo de raza se lograra en pocos años. A la Universidad, y en ge-

(1) La afirmación de esta unidad es frecuente en los autores modernos. Un político norte-americano, Burgess, afirma resueltamente en su *Ciencia política*, cap. 1, el carácter de Nación que fundamentalmente tiene la familia ibero-americana.

neral á los elementos propiamente intelectuales, corresponde buena porción de la obra: ya dedicándose á estudiar especialmente, para concretar las cuestiones y educar á la juventud en el interés y la reflexión de tales problemas, los puntos de derecho internacional señalados por el Congreso Jurídico de 1892, especialmente el Proyecto de Código que había de iniciarse en Octubre de 1897 y que la guerra de Cuba estorbó, indudablemente; y haciendo lo propio con las cuestiones de Derecho mercantil que el Congreso correspondiente hubo de indicar, y con él su coetáneo de Geografía; ya excitando á la realización de la Asamblea diplomática hispano-americana proyectada en 1892, y de la Unión Geográfica española, portuguesa é hispano-americana, planteada también entonces; y muy especialmente, pres-tándose, ó tomando la iniciativa, para que se hiciesen efectivos aquellos «vínculos de estrecha unión entre todos los centros de Instrucción pública, Ministerios, Universidades, Institutos y Sociedades oficiales y particulares de España y los Estados hispano-americanos», que proclamó como necesarios el Congreso Literario de 1892; organizando aquella Normal, donde habían de formarse maestros aptos para las escuelas americanas, y aquella otra, dedicada á recoger los huérfanos de ambos sexos de los maestros americanos, portugueses y españoles y darles educación, proyectos ambos votados por el Congreso Pedagógico; y preparando, finalmente, la constitución de aquella Sociedad de Instrucción pública, educación popular y divulgación científica que, propuesta por el Sr. Labra, fué aclamada por todos los representantes del mencionado Congreso (1).

(1) «... una Sociedad de carácter permanente y seria organización, con plan meditado y recursos positivos, abierta á todas las aspiraciones y á los hombres de todas las escuelas y de todos los partidos, y en cuyo programa debería figurar, en primer término, así el facilitar el conocimiento mutuo de los pensadores, publicistas, oradores y pedagogos de la América latina, Portugal y España, como el poner las obras de todos esos servidores de la civilización y de la paz universal al alcance de la masa general de aquellos países... y en previsión de grandes y no lejanos acontecimientos, de carácter internacional, superiores á los medios exclusivos de la personalidad aislada de cada uno de los grupos en que se divide la vigorosa familia que

Como se ve, hay un ancho campo de actividad, sancionado por el voto de importantísimas personalidades científicas desde 1892, para que la Universidad pueda, sin otras deliberaciones preliminares, aplicar fructíferamente su concurso á esta grande y trascendental obra de patriotismo. Pero claro es que no se agotaron entonces, ni la enumeración, ni la determinación concreta de los medios de fortificar y desarrollar, merced á la intimidad de relaciones, el espíritu común de la civilización y de la raza peninsular y americana. Otros quedan, más modestos, por referirse á la iniciativa individual, pero tan importantes como los que tocan á la inteligencia entre las grandes corporaciones y los poderes públicos.

Las repúblicas hispano-americanas han emprendido resueltamente la obra de su educación, mediante la reforma de la enseñanza. Confiéanse sin rebozo, aun las más adelantadas—¡y ojalá nunca se olvidase el valor inmenso que para la regeneración de un país tiene esta franqueza en acusar la realidad del estado actual!—necesitadas de la ayuda de elementos intelectuales extraños, como pueblos nuevos y débiles, todavía, que son. Buscan para esto, no sólo profesores extranjeros, sino la comunicación íntima y constante con la literatura científica de los países adelantados, con el fin de orientarse en la dirección y en el estado actual de todos los problemas intelectuales. Pues bien: el deseo unánime de los hombres más cultos y más entusiastas por el mejoramiento de su país es de hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura. Comprenden todos ellos que, viniéndoles por conducto de inteligencias españolas, asimilados según el genio de la raza y expuestos en la lengua troncal de Castilla, los conocimientos modernos han de serles de más fecundo y fácil aprovechamiento, sin peligro de contaminarse con ciertas di-

recciones del pensar que, no siendo más que extravagancias de espíritus extraños, excrecencias de la idiosincracia nacional de otros pueblos, repugnan y pueden torcer la dirección sana del propio genio intelectual. Esta verdad, de clarísima evidencia en unos, oscuramente dibujada en la conciencia de no pocos y mezclada á la natural simpatía que arrastra hacia lo español aún á los más rehacios, les hace acoger con aplausos nutridos todo libro peninsular que les permite ahorrar la lectura de otros extranjeros, y les impulsa á pedir la repetición de tales envíos. Pues en nuestra mano se halla aprovechar estas naturales inclinaciones, este medio de provechosa y elevada influencia. Sistematicémosla; trabajemos para producir libros á la altura de la ciencia contemporánea; esforcémonos por perfeccionar nuestra literatura científica, pensando, no sólo en nuestro propio adelanto, pero también en el de nuestra familia de América; ocupémonos, incluso, de las cuestiones especiales de aquellos países, realizando publicaciones que han de ser aquí más fáciles que en cualquier Estado americano, por la mayor posibilidad de centralizar elementos y de allegar relaciones con países que á veces se comunican mejor con nosotros que con sus próximos vecinos, y por otras circunstancias que, aun dada nuestra decadencia, nos favorecen; y veremos en poco tiempo cómo termina la tutela—en muchos respectos peligrosa—que el pensamiento francés, el norte-americano y otros heterogéneos con el de nuestra raza, ejercen sobre el espíritu hispano-americano. ¡Hermosa obra la que se ofrece al profesorado español! Ante su grandiosidad y trascendencia, deberían desaparecer el temor de unos y la pobreza pesimista de otros, que tantas hermosas aptitudes inutilizan. Y como al fin y al cabo el trabajo científico, al igual de todos, vive, en parte, de la recompensa material á que tiene justísimo derecho, piensen los escritores, incluso, en el amplio campo de difusión que se abriría á sus publicaciones, si llegaran á América tal cual las desean los naturales de aquel mundo, y apoyadas en buenos Tratados (no egoístas, sino simplemente evitadores de fraude) y en una metódica y amplia organización del comercio de librería.

puebla la América del Sur y la Península occidental europea, determine la formación y el desarrollo de una poderosa fuerza, punto menos que imprescindible para la armonía de aquellos grandes elementos directores de la sociedad política de nuestra agitada época» (*La intimidad ibero-americana*, páginas 35 y 36). En el mismo discurso se hallarán especificadas las conclusiones de los Congresos de 1892) á que me he referido.

Y séame permitido creer que, si no podemos ni debemos cejar en el esfuerzo por lograr nuestra perfección, antes bien hemos de redoblarlo cada día, para colocarnos al par de las naciones más cultas; y si en punto al personal docente con dificultad podemos todavía desprendernos del verdaderamente útil, porque todo lo necesitamos para la reforma nuestra, en la producción literaria todavía nos es posible—en medio de nuestro relativo atraso—ofrecer á las naciones americanas, no sólo buenos resúmenes del saber ajeno, inventarios del estado actual de la ciencia en otros países (como v. g., la *Historia del Derecho Romano*, de D. Eduardo de Hinojosa; la *de la Propiedad*, de Azcárate, y otros libros análogos), sino también puntos de vista originales, iniciativas henchidas de contenido, como algunas que todos conocéis, pertenecientes al orden de las ciencias jurídicas, de la economía, de la experimentación fisiológica, de los estudios de educación y enseñanza, de la misma modernísima sociología, particularmente en lo que se roza con los problemas penales. Séanos lícito creer en estas señales de potencialidad científica, tan modestas como se quiera, ya que los mismos extranjeros—más veces fiscales adustos que jueces humanos respecto de nosotros—nos certifican de ellas.

Limitándome á las disciplinas que mejor conozco, porque es mi deber conocerlas, ¿quién duda que la redacción de una Enciclopedia jurídica hallaría hoy en España elementos bastantes para su realización, y que esta obra expresiva del pensamiento, en no pocos puntos original, de la escuela española, sustituiría con ventaja aquí y en América á la ya vieja, aunque meritísima, de Ahrens, y á otras extranjeras menos divulgadas entre nosotros? ¿Quién dudará que los estudios demóticos y de economía social, orientados, según la originalísima y potente iniciativa del Sr. Costa, por el camino de la realidad consuetudinaria, han de ser venero riquísimo para nosotros y para los americanos, que no podrán hallar en ningún libro extranjero esta corriente genuinamente española? ¿Quién no ha de esperar, en fin, que libros de historia y geografía, libros elementales, libros de cultura general, escritos según la orientación constante del espíritu español—desde Am-

brosio de Morales y Paez de Castro, por un lado, y los exploradores de América por otro,—sustituirán con ventaja á las historias de la civilización y los manuales de geografía extranjeros, escritos desde un punto de vista nacional, y que escatiman ó desfiguran á menudo todo lo que se refiere á España? (1) Coadyuvaría grandemente á este fin que los libros pueden llenar, la publicación de revistas científicas, dedicadas al estudio combinado de las cuestiones propiamente españolas y de las hispano-americanas, y á cuya redacción concurriesen escritores de ambos mundos. La imperfección de algunos ensayos hechos antes de ahora (abandonados, á veces, con sobrada precipitación cuando empezaban á granar), las dificultades con que se tropieza para organizar las relaciones (y de esto yo puedo dar fe en la modestísima esfera de mi *Revista crítica*), y aun la resistencia pasiva que algunos elementos americanos suelen todavía oponer á las más amplias y sinceras peticiones de concurso, son accidentes que no deben hacernos desmayar en el camino, porque á fuerza de luchar con ellos, entusiasta y constantemente, han de allanarse al cabo. España, por una porción de condiciones históricas, se halla en más franca posibilidad de crear estos órganos de relación intelectual entre todas las naciones hispano-americanas y con la antigua madre común, que cualquiera de ellas. Esto lo saben bien muchos espíritus cultos de Ultramar; pero el esfuerzo ha de partir de nosotros, esfuerzo combinado de todos los que realmente se interesan por el porvenir de la civilización española, pues por muy resistentes y tenaces que sean las energías de uno ó dos hombres aislados, es seguro que acaban por rendirse al peso de una labor semejante.

(Concluirá.)

(1) Nadie habrá elogiado tanto como yo los libros admirables de Seignobos, Crozals, Langlois, Rambaud, y aun los de Hellwald y otros positivistas alemanes. Sin embargo, los que han manejado estas obras y han tratado de aplicarlas á la instrucción de nuestra juventud, saben bien las lagunas que para todo lector español tienen, y aun el peligro que su exclusiva lectura encierra para los niños españoles, en cuanto á la formación de un concepto de la historia de la humanidad y del lugar de nuestra raza en el mundo.

REVISTA DE REVISTAS.

FRANCIA.

Revue pédagogique.—París.

JULIO.

Circular dirigida por el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes á los rectores de las Universidades, con motivo del centenario de Michelet.—Recomienda que tomen parte activa en la fiesta nacional que en honor de Michelet ha de celebrarse; que la mañana del 13 de Julio se consagre en las escuelas, liceos y universidades á dar conferencias acerca de la representación del célebre historiador. Es preciso que los niños conserven la memoria del que tenía todas sus esperanzas en ellos.

Ley, concediendo un crédito de 30.000 francos para la celebración del centenario de Michelet.

Las fiestas del centenario, por M. Marcel Charlot.—Se han verificado el 13 de Julio. Por la mañana, la fiesta en el Panteón, decorado únicamente con un tapiz de los Gobelinos, sobre el cual se destacaba el busto de Michelet, esculpido por Mercié. Presidía M. Félix Faure y ocupaban el recinto más de 4.000 invitados, entre los cuales había una sola señora, la viuda de Michelet, la compañera y confidente de sus últimos veinticinco años. Dos discursos marcaron bien el carácter de esta fiesta: uno, pronunciado por el ministro de Instrucción pública, M. Bourgeois, en nombre de Francia; otro, por M. Navarre, presidente del Ayuntamiento de París, patria de Michelet. Por la tarde, fiesta en el Hotel de Ville, banquete de 450 cubiertos; discursos del alcalde, del prefecto del Sena, de M. Lockroy, ministro de Marina, y del Dr. Flaisières, alcalde de Marsella. El rasgo saliente de estas fiestas ha sido el discurso del ministro de Instrucción pública.

Michelet, como educador, por M. Chabot.—Si se quiere un estudio completo de Michelet, como educador, hay que analizar toda su vida y todas sus obras. *El amor* y *La mujer* son como los prefacios de *Nuestros hijos*, su obra más especialmente educativa; *El Sacerdote*, *La Biblia de la Humanidad*, fijan su doctrina de la educación religiosa; *El pájaro*,

El mar, *El insecto*, reconcilian, como lo exige la educación, la ciencia con la religión y con la poesía; la *Historia de Francia* y la *Historia de la Revolución* revelan en la tradición y en los hechos el principio de la educación nueva. Tanto como por sus libros, ha ejercido su influjo Michelet por la enseñanza propiamente dicha, durante treinta años, atravesando toda la Universidad, desde la Institución Briand, el Colegio de Carlomagno, el de Sainte-Barbe, la Escuela Normal (1827-1836), la Sorbona (1834-1835), donde suplió á Guizot, y el Colegio de Francia, en fin (1838-1851). En *Nuestros hijos* se encuentra el fundamento y el por menor de su concepto pedagógico. Sobre la educación de los padres (en especial, de la madre) por el niño, antes y después del nacimiento; sobre el matrimonio, que el niño santifica, sobre la familia, cuya unidad completa y á menudo restablece; sobre el papel de la madre, como primer educador; sobre la inocencia, el encanto divino y el carácter sagrado del niño, intérprete del pueblo y de Dios; sobre el papel del padre, y más aún del padre trabajador y pobre, «que es una revelación de justicia, que es un sacerdote en su hogar» y que «cada día crea una vez más y rehace á los suyos»; sobre la necesidad de unir la firmeza y la calma á la ternura y de saber ejercer la autoridad; sobre el deber que se impone á los «mayores» de ir hacia los niños en lugar de dejarles venir hacia ellos; sobre la educación de cada cual por sí mismo, que dura toda la vida; sobre todas estas ideas y sobre muchas otras, que, si no es el primero en tratarlas, renueva por las adivinaciones de su corazón y la magia de su estilo, hay que leer el libro de Michelet. Lo que domina toda esta pedagogía y hace de Michelet un gran educador, no es ni la profundidad de su filosofía, ni la originalidad de su programa de estudios; es su fe. «La primera cuestión de la educación es esta: ¿Tenéis fe? ¿Comunicais la fe? Es preciso que el niño crea.» Michelet tiene fe y la comunica. No dudó del porvenir y puso toda su esperanza en la niñez, en la que veía la patria de mañana.

Trozos escogidos del libro «El Pueblo», de Michelet.

Ideas de Michelet sobre la enseñanza, por M. A. Rébelliau.—Conferencia hecha en

la Escuela normal superior de Saint-Cloud, el 12 de Julio, cumplimentando la Circular que encabeza este número. La importancia social que Michelet concedía á las cuestiones de enseñanza, se muestra bien en las siguientes frases de su libro *El Pueblo*. «¿Cuál es la primera parte de la política? La educación. ¿Y la segunda? La educación. ¿Y la tercera? La educación.» El conferenciante, aduciendo textos de los libros *Nuestros hijos* y *El Pueblo*, expone la concepción de Michelet sobre estos puntos capitales: la *educación familiar*, que es el ideal, «esa creación continua del padre y de la madre», lo cual no impide que Michelet vea un peligro en que «la madre está tan habituada á querer y á obrar por su hijo, á evitarle todo disgusto y hasta, si pudiese, á ahorrarle hasta la molestia de pensar», por lo que se resigna á la necesidad de la escuela; la *educación física*, no por medio de la gimnasia, «tan poco atractiva para los niños», sino colocando los colegios en el campo, no conservando en las ciudades más que los indispensables *externados*, pasando las vacaciones á orillas del mar, y recomendando, sobre todo, que en las clases se tenga en cuenta siempre esa necesidad de movimiento, que es la vida del niño; los *métodos de enseñanza*, en los que pide la disminución del efectivo de las clases, para tener pequeños grupos, en los que se dé mucha variedad de enseñanzas, como lo pide la higiene física é intelectual, y siempre que sea posible, *en vista* de las cosas que se enseñan y con *práctica* de las cosas mismas; la *escuela primaria*, «donde todos los hijos del mismo pueblo, pobres y ricos, reunidos al menos por cierto tiempo, se vean y se conozcan, antes de los vicios de la pobreza y de la riqueza... ciudad de igualdad, en que todos se sientan al mismo banquete espiritual». M. Rébelliau examina también algunos pasajes en que Michelet habla de la enseñanza técnica y de la continuación de la educación en la vida cívica y en las relaciones sociales, y procura deducir de la obra entera del autor cuáles sean los principios fundamentales en que insiste y se apoya constantemente. Estos principios son tres: la fe en la bondad de la naturaleza humana; la idea de que la educación debe ser en todo y siempre provocadora de la actividad del niño, y la con-

vicción de que el alma de la enseñanza francesa debe ser el culto de la patria.—ISABEL SAMA.

AGOSTO.

Los estudios sobre la infancia, de James Sully, por M. R. Thamin.—Constituye este libro una abundantísima reunión de datos, tomados de la experiencia, para el estudio del niño. Este carácter de primera materia lo diferencia del libro de Compayré, *La evolución intelectual y moral del niño*, y del de Baldwin, tan conocido y del cual hace poco dimos cuenta. El estudio del niño está todavía tan en los principios, que todo método que en él se establezca habrá de cambiar. De aquí que Sully se preocupe sólo de proporcionar los datos que puedan ser fundamentales para la nueva ciencia. Por esto mismo, el libro es difícil de extractar. Hay que limitarse á escoger, entre lo mucho que enumera el autor, los hechos más salientes.—I. *La edad de la imaginación*. No hay que suponer, dice Sully, que en el niño se confundan las sensaciones con aquella facultad, predominante en su espíritu. El niño es, por el contrario, un gran observador; y las interpretaciones que su imaginación presta á las percepciones sencillamente lo que en el lenguaje científico se llaman «apercepciones». Esto motiva una interpretación del mundo exterior por el niño que, aunque errónea, es la única á su alcance y que entorpecen las explicaciones de las personas mayores, que el autor condena. En los juegos, el niño cambia su personalidad, á medida de lo que él quiere representar, y se la dá á sus juguetes. Reproduce la vida real á través de su imaginación, unas veces, y otras mezcla ésta á aquélla y la quiere imponer á su alrededor. Forzosamente, estos mitos se desvanecerán con la experiencia; pero no conviene arrancarlos, sino irlos poniendo gradualmente de acuerdo con la realidad.—II y III. *Los albores de la razón. Productos del pensamiento infantil*. De todo lo que el niño observa, le queda algo, que resiste (tan fuertes son sus raíces) al tiempo y á las influencias contrarias del medio: se acuerda de lo que ve y oye. Pero los primeros indicios del pensamiento humano se manifiestan en la comparación: el niño clasifica y califica los objetos, generalizando casos especiales (ver-

bigracia: si un hombre pequeño es desagradable, todos los hombres pequeños lo son, etc.) y explica los casos especiales no más que por las reglas generales establecidas. Atribuye nombre propio á todas las cosas. Su explicación del origen de éstas es antropomórfica ó antropocéntrica. Sin embargo, algunas veces le preocupa el origen de los orígenes. Examina después el autor las ideas filosóficas del niño, esencialmente religiosas: la idea de Dios, como constructor, etc.; la «reificación de las cosas abstractas, la formación de la conciencia de la propia individualidad, idea que no es, ni con mucho, innata.»—IV. *El pequeño lingüista*. Incertidumbre acerca de los primeros sonidos como lenguaje. Indica los fenómenos fonéticos del lenguaje infantil. Su primera forma es la generalización de una palabra para todos los objetos semejantes. Después, viene la especialización. El niño suprime las irregularidades y forma lógicamente las palabras: verbigracia, *desacercar* (*déprocher*) por separar; *desencender* (*délumer*) por apagar, etc.—V. *Objetos de miedo*. No se refiere á los reflejos producidos por los sonidos que, sin embargo, no producen el mismo efecto en todos los niños; habla principalmente de las cosas que se perciben por la vista. El niño no es susceptible, en general, al miedo producido por repugnancia ó antipatía, sino al que causa lo desconocido. Aun el miedo á la oscuridad no existe en todos los niños por igual.—VI y VII. *Elementos de moralidad. Sumisión á la autoridad*. Explica una por una las supuestas maldades de los niños: la irritabilidad, por la voluntad intensa de vivir; la dureza de corazón, por la simplicidad de sus funciones psíquicas, incapaces del trabajo de espíritu que supone la compasión; la crueldad con los animales, por la curiosidad «científica» ó «artística», ó quizá por la necesidad de experimentar sus energías. En cuanto á la mentira, en general, no lo es; proviene del deseo de tener secretos, de la falta de memoria, de la sugestión, y, más generalmente, del deseo de emplear los signos más eficaces para conseguir sus deseos. En cambio, existen en alto grado en el niño la imitación, principio del cariño, y el instinto de protección á los débiles. Las relaciones del niño con la autoridad, aunque muchas

veces sean de rebelión, no lo son tales como término medio; por el contrario, el espíritu observador, que ya se ha hecho notar en el niño, produce en él una especie de respeto al orden establecido, siendo, por lo tanto, eminentemente conservador. De aquí se deduce una regla muy importante para la educación moral: y es, que se debe dar á entender siempre al niño que lo natural y lo que de él se espera es que obre bien; por este camino, se debe llegar hasta á sugerir al niño que ha obrado mal la idea de que no ha sido él el que tal cosa ha hecho.—VIII y IX. *El niño artista. El joven dibujante*. Los primeros sentimientos en el niño se refieren á las cosas brillantes y á las pequeñas. Desconoce las bellezas grandiosas, tarda en comprender el color y no da valor representativo á las imágenes. En cuanto al arte (productor) en el niño, es para Sully un verdadero simbolismo, en consonancia con su pensamiento. Lo primero, v. gr., que dibuja, es la figura humana; de ella, la cabeza, y en ésta la nariz, aunque sea de frente; luego, la boca, después las extremidades, á veces sin tronco. Su inexactitud llega hasta pintar distinto número de dedos en cada mano. El dibujo de perfil aparece muy tarde y mira casi siempre á la izquierda. Siempre tiende á representar los dos ojos. Para él no hay nada invisible: un jinete, de perfil, tendrá dos piernas en el dibujo. Esto indica que el niño olvida el modelo en cuanto toma de él dos ó tres rasgos: lo demás lo suple su imaginación.—El autor del artículo concluye advirtiendo que, aparte de lo que Sully ha tomado de todos los libros que tratan de la materia, sus notas se refieren principalmente á las observaciones que se hacen en la Escuela normal de Worcester (Massachusetts), bajo el impulso del gran pedagogo Stanley Hall, y hace un llamamiento para que la primera enseñanza francesa practique algo en este sentido.

Distribución de premios de la Asociación Politécnica.—El ministro de Instrucción pública, M. Rambaud, en un corto discurso, ensalza el influjo de las asociaciones libres sobre la educación nacional. Nacidas á raíz de los grandes movimientos nacionales, han prosperado al mismo tiempo que la Universidad y la enseñanza oficial, no contrarrestando é impidiendo el progreso de

ésta, sino, por el contrario, completándolo. Su obra ha sido entusiasta y han contribuído á ella los mismos profesores de la Universidad, por lo cual merecen alabanzas y el Estado ha aprovechado sus iniciativas, cuando éstas han sido sancionadas por el éxito. En el mismo sentido hablan M. Brouardel, presidente de la Asociación, y el Presidente de la República. El número de cursos explicados el último año por la Asociación ha sido de 641, seguidos por 13.500 alumnos.

La higiene escolar en el Congreso internacional de higiene de Madrid (1898), por el Doctor C. Delvaille.—Los puntos referentes á la higiene escolar que constituyeron la Sección sexta, fueron: 1.º Causas de la mortalidad de los niños; remedios; estadística comparativa. 2.º Profilaxis de lo conjuntivitis purulenta de los recién nacidos. 3.º Higiene de la vista y de las enfermedades contagiosas de la vista en las escuelas. 4.º Influencia de los sanatorios marítimos en la profilaxis de las enfermedades de la infancia. 5.º Colonias escolares: resultados prácticos. 6.º Del internado, bajo el punto de vista higiénico; ventajas é inconvenientes. Las conclusiones votadas fueron: 1.º Vulgarizar por todos los medios la asepsia durante el embarazo y para el niño recién nacido, para combatir la oftalmía. 2.º Constituir una comisión para el estudio de la conveniencia de promulgar una ley de protección á la infancia. 3.º Difusión de la higiene en las clases populares y enseñanza de la misma, especialmente á las niñas. 4.º Recomendar la creación de la inspección médica de escuelas, asilos y talleres. 5.º Preconizar las ventajas de las colonias y de las excursiones al aire libre. 6.º Idem la creación de sanatorios marítimos, ó de montaña. Según el autor del artículo, nada nuevo se ha oído en este Congreso. Las discusiones más importantes han versado sobre la inspección médica y sobre las ventajas, reconocidas unánimemente, de las colonias, predominando los partidarios de las colonias numerosas, sobre el nuevo sistema inglés, holandés y belga (1). Dis-

cutiendo la conveniencia de la lectura de libros para niños menores de 10 años, se llegó á poner en tela de juicio la utilidad de su enseñanza. Pero la mayoría se declaró partidaria de la lectura en todas las edades. Se abogó por el establecimiento de los juegos corporales y de baños escolares. El autor piensa que no pasará esto de un deseo y cita como única excepción, en cuanto á los baños, la escuela Sotés, de párvulos, establecida en el barrio de Salamanca (1). Por último, indica como nota particular del Congreso la intervención de las mujeres en sus trabajos.

Conversaciones históricas. Historia de las relaciones de la Iglesia y el Estado en Francia de 1789 á 1870, por M. H. Vast.

Lecturas varias. Cartas de Victor Hugo.

La prensa y los libros.—M. Fouillée, en la *Revue politique et parlementaire* de Junio último, se ocupa de la reforma de las enseñanzas clásica y moderna. Pide para la primera supresión del griego; reducción del estudio del francés antiguo y de la historia literaria en lo que no sea los tres últimos siglos; guerra á la erudición y á la filología; más estudios políticos, sociales y de lenguas vivas. El latín, traducido solamente, y la filosofía obligatoria. En cuanto á la enseñanza moderna, solicita que se la haga técnica y profesional. El redactor de la *Revue péd.* que extracta el artículo, hace observar que esto es lo que constituye hoy en Francia la primera enseñanza superior, y que poner en práctica el plan de Fouillée sería gastar tiempo en una cosa contraproducente.—*Experimentos pedagógicos*, por M. Widemann, director de la Escuela de Comercio de Basilea.—*Manual de Historia de la literatura francesa*, por M. Ferdinand Brunetière.

Crónica de la primera enseñanza en Francia.—Nombramiento de M. Rambaud, ministro de Instrucción pública.—Primera aplicación de la ley de protección á la infancia: un niño perseguido, con su padre, por robo, ha sido confiado al presidente de la Sociedad del Patronato de la infancia.

(1) Introducidas en España (1887) por el Museo pedagógico, á ejemplo de las excursiones veraniegas de la *Institución* (desde 1876), planteadas á poco en Granada, por la iniciativa de la Sra. Wilhelmi de Dávila, y adoptadas des-

pués por varias asociaciones de Madrid y otras ciudades (Oviedo, León, Santiago, Pontevedra, Valencia, Barcelona, Málaga, Baleares, etc.).

(1) De fundación particular.

Necrología.—Augusto Couat, Rector de la Academia de Burdeos.—GONZALO J. DE LA ESPADA.

INGLATERRA.

The *Journal of Education*.—Londres.

JULIO.

Notas ocasionales.—El subcomité de la Comisión real de la Exposición de 1900 en París ha tenido la feliz idea de solicitar la cooperación de representantes de la enseñanza en Inglaterra. Respondiendo á los deseos de aquel Centro, se han reunido cerca de cien delegados de Universidades, colegios universitarios, escuelas secundarias de todos grados, consejos de condados, consejos de ciudades, *school boards*, escuelas voluntarias, institutos técnicos, jardines de la infancia, escuelas especiales de sordomudos y ciegos, y asociaciones de profesores de primera y segunda enseñanza. El objeto de los congregados era proponer lo conveniente para que en la próxima Exposición aparezca bien claro cuál es el espíritu de la enseñanza inglesa.—El colegio de Reading, inaugurado por el príncipe de Gales el 11 de Junio, demuestra la importancia del movimiento de extensión universitaria. El Consejo del Condado de Reading y los limítrofes han subvencionado á la empresa; á ella ha contribuído un benemérito ciudadano con la donación de 4.000 libras esterlinas. Las nuevas construcciones han costado 30.000. La agricultura en todos sus ramos es la especialidad del Colegio, aun cuando sirve también como centro de los alumnos-maestros de Reading. El buen éxito alcanzado se debe principalmente á su director, Mr. Mackinder.

Enseñanza técnica.—De la Memoria quincenal del Centro de Enseñanza técnica de Londres, extractamos los siguientes datos: Los gastos colectivos, que ascendieron en el año terminado en 31 de Marzo de 1888, á 150.000 libras, se han calculado para el de 1888-89, en 170.000. Se aplicará este aumento, principalmente, á desenvolver en grande escala los cursos de ciencias y artes técnicas, sobre todo por su lado práctico, y á multiplicar las clases de comercio. Ciento nueve instituciones dependen en

todo ó en parte de aquel Centro, de las cuales 19 son colegios universitarios, 6 instituciones de industrias particulares, 19 escuelas de artes y oficios, 17 institutos de enseñanza general de ciencia y arte, 1 escuela de botánica, 12 establecimientos de enseñanza de economía doméstica, y 47 escuelas públicas secundarias.

Estudio del niño, por Alice Woods (conferencia leída en la Asociación de maestros de Aberystwyth).—Durante los últimos cincuenta años, ha habido adelantos notables en todos los ramos del conocimiento humano; pero aun cuando se ha trabajado muchísimo por lo que se refiere á la psicología infantil, aun reconociendo cuánto vale la labor de Fröbel y de Herbart, lo cierto es que no ha aparecido el Newton esperado. Debemos confesar que estamos en el primer piso del edificio. Hasta ahora, no hemos hecho otra cosa que recoger datos. En la observación científica del niño, se tropieza con dos grandes dificultades, que no existen en otras ciencias: el niño mismo y la situación que crea al observador su propio modo de ser. En cuanto á lo primero, notaremos que, de los dos principales métodos psicológicos, el llamado de introspección es reputado como el más apropiado, ya que mediante él nos habilitamos para hacer uso del comparativo: porque el fundamento del conocimiento de las manifestaciones espirituales de los demás estriba, naturalmente, en el de las propias, y ésto es lo que constituye la dificultad en el estudio del alma del niño, que sólo podemos llegar á conocer directamente por medio de la experiencia. Las ideas del niño son tan vagas, tan confusas, que nadie está seguro de saber lo que piensa, por los obstáculos que encuentra en su expresión. Extrañas criaturas éstas cuyos garraños son incomprensibles, aun para el más hábil intérprete de jeroglíficos: ¿no es verdaderamente extraordinario este razonamiento de un niño? «Yo no puedo comprender por qué nace tanta gente en Marzo, aun cuando me explico que muchos hayan visto la luz primera en *este* Marzo. ¿Por qué, querido? Porque ha habido mucho barro. ¿Y qué tiene que ver esto con el exceso de nacimientos? Vaya si tiene que ver. ¿No dice la Biblia que todos estamos hechos de barro?» En lo moral, es el sér más

mezclado que puede imaginarse: á veces, con estrepitosa risa, quiere expresar algo que reviste la mayor seriedad: es soñador, espíritu práctico, diablejo, serio, iracundo hasta el frenesí, ángel de bondad, cariñoso, terrible, casi al mismo tiempo. La segunda dificultad con que se tropieza es el mismo observador, que comienza por llevar consigo una buena carga de prejuicios. Tal padre estará convencido de que no hay niño como el suyo para dar contestaciones prontas é intachables: tal madre confesará que su bebé arañaba á los ocho días de nacido: tal otra había visto á su vástago mover sus ojos en dirección de la luz de una vela que mudaban de sitio á la hora de haber nacido. Hay maestros que establecen la regla general de que todos los niños producen sus esfuerzos movidos por la alabanza y no quieren creer que exista uno solo que escape á ella. Para observar satisfactoriamente á un niño, es preciso vivir con él. No siempre esto puede hacerse, y lo mejor será que nos hagamos confidente de uno, y en esta situación no habrá temor de artificios; pero debemos asegurarnos de que tomamos al niño como *niño*, y no como interesante ilustración de alguna teoría psicológica preconcebida. Por último, debemos en esta materia saber distinguir entre ingerencia y observación, como magistralmente demuestra Mr. Adams en el capítulo dedicado al espíritu de observación en su «Psicología herbartiana.»

Los grados en lenguas modernas, en el Continente, para los estudiantes ingleses, por P. Shaw Jeffrey.—Capítulo I: Suiza y Bélgica.—En este estudio se propone su autor demostrar que difiere tanto la enseñanza de los idiomas en Inglaterra y en las demás naciones europeas, que es preciso que el alumno inglés que pretenda un buen éxito en los ejercicios de licenciado ó de doctor en alguna de ellas, permanezca dos años lo menos fuera de su país para perfeccionarse en las lenguas extranjeras.—El plan de las Universidades suizas de lengua francesa (Ginebra, Neufchatel y Lausana) ha sido modificado considerablemente el año último. No se exige un número determinado de cursos á los estudiantes extranjeros. Examen final para Licenciado en lenguas modernas: composición francesa (seis horas de preparación), composición en alemán,

inglés, italiano ó español (en seis horas); examen oral: explicación de un texto en el idioma elegido, preguntas sobre dos literaturas extranjeras, sobre historia del idioma francés, sobre ciencia del lenguaje en general y sobre principios filológicos.—Las cuatro Universidades belgas (dos oficiales, Gante y Lieja, y dos libres, Bruselas y Lovaina) expiden diplomas que habilitan á los estudiantes belgas para ejercer en su país las profesiones de abogado, notario, profesor, químico, ingeniero, etc.: también proveen de títulos *puramente científicos* á los extranjeros, mediante exámenes semejantes á los que son necesarios para adquirir aquellos diplomas. En Bruselas y Lieja hay muchos clubs de estudiantes, políticos en su mayor parte; como que la política influye mucho en el feliz resultado de una carrera académica en Bélgica. La *Asociación general*, muy parecida á la establecida con el mismo nombre en París, abre sus puertas á los alumnos extranjeros. El coste de la vida en las ciudades universitarias belgas es bastante moderada; suele ser de 100 á 150 francos mensuales. Los grados académicos en Filosofía y Letras son: candidato (1) y doctor. El primero se obtiene mediante dos exámenes. Uno de ellos consiste en traducción oral de los clásicos griegos y latinos y preguntas de lógica, psicología, historia política de la antigüedad y de la Edad media y ejercicios en lengua latina y romance. El segundo examen comprende: disertaciones en griego y latín, historia de la literatura francesa y de la literatura moderna europea y filosofía moral. Para obtener el título de doctor, es preciso sufrir examen sobre las materias siguientes: gramática comparada de las lenguas latinas, historia de las literaturas modernas, gramática histórica francesa, explicación detallada de autores franceses de la Edad Media y de los tiempos modernos, historia de la filosofía moderna, traducción moral de un texto latino y estudio crítico de los autores latinos, historia de la pedagogía y otra materia elegida por el graduando y que no esté incluida en las asignaturas mencionadas.

Noticias coloniales y extranjeras.—Colonia del Cabo. Según la Memoria del Superin-

(1) Equivale al nuestro de licenciado.—(N. de la R.)

tendente general de enseñanza, en 1897, han concurrido á los diversos establecimientos 122.186 niños, de los cuales el 17,27 por 100 son de color. Las escuelas que han producido menos satisfactorios resultados, son las instituídas por las Misiones. De los 2.844 maestros, solamente 1.644 tienen certificado, y sabido es que estos tales en el Africa del Sur son perfectamente incompetentes.—*Canadá*. Una nueva y palmaria prueba del poder de la educación tenemos en los admirables resultados que la escuela ha producido entre los indios, antes bárbaros salvajes, y hoy tan pacíficos y civilizados, que muchos de ellos han adquirido el derecho de sufragio, mostrándose ciudadanos dignos y capaces. Existen hoy 285 escuelas para indios en el Dominio, á las cuales acuden 10.000 alumnos. Los gastos anuales se elevan á 906.953 dollars.—*Estados-Unidos*. Extracto del trabajo que el *School Journal* dedica al examen de la escuela experimental establecida en la Universidad de Chicago por el profesor de Filosofía y Pedagogía, Mr. Dewey (1). Los niños forman distintos grupos según su grado de adelanto; los compuestos de los alumnos más jóvenes no deben pasar de ocho en cada uno; el paso de unos á otros se verifica, cuando el niño da muestras de haber vencido las dificultades del trabajo á que se dedica: no hay, ni exámenes, ni notas (2). La razón de que los grupos más atrasados consten de menos alumnos y que sean más numerosos los de los adelantados, obedece á la experiencia de que cuanto más avanzado el alumno, va necesitando menos de la ayuda del maestro. El trabajo de la escuela está combinado de tal modo, que el activo y el intelectual se encuentren equilibrados. La labor activa consiste en trabajo manual, gimnasia, cocina, costura, excursiones, juegos, etc. (3);

así, por ejemplo, todos los días, parte del *lunch* de los alumnos es hecha por ellos mismos. En los grupos de los más pequeños predomina el factor activo; á medida que crecen, se va introduciendo el intelectual. En la escuela se conserva un perfecto acuerdo entre las labores científica, histórica, numérica, etc., y las actividades constructivas. Los estudios formales (1), lectura, escritura, numeración, etc., se realizan cuando el alumno los necesita, como instrumentos adecuados para cumplir mejor un fin. Los libros solamente los usan los discípulos de más edad, no como textos fijos, sino como guía para mejor comprender la materia que se discute (2). En cuanto á la educación moral, hé aquí el procedimiento: el desarrollo moral genuino, que tanto dista del artificial, sólo puede lograrse, cuando los niños se convencen prácticamente de que en la escuela existen los mismos motivos y las mismas relaciones morales que fuera de ella. Cuando los deberes y las responsabilidades de la escuela no se encuentran más que en ésta, muy poco puede contribuir á la formación del carácter. Cuando las condiciones de la vida escolar son tan rígidas y formales que no guardan paralelismo con las de la vida ordinaria, el orden y el decoro estarán asegurados, pero no habrá garantía de esta dirección en la conducta general de los niños. Cuando esta conducta se amolda á las lecciones de la escuela, á las prescripciones del libro de texto ó á las órdenes del maestro, meramente, y no á su trabajo propio de positivo valor, se formarán hábitos de atención y hasta de restricción; pero no iniciativa y propia dirección (3). El profesor Dewey entiende que el divorcio entre el conocimiento y su aplicación determina una situación morbosa, que se refleja en la aptitud moral y mental del niño.—*Rusia*. Según la *Rusia Libre*, el período de diez y seis años (1882-98), durante el cual ha estado al frente de su departamento el último

(1) Véase la exposición de sus ideas pedagógicas en el número anterior del BOLETÍN.—(N. de la R.)

(2) Sabido es que otro tanto acontece en la *Institución*.—(N. de la R.)

(3) Recuérdese que nuestros alumnos, además de otros trabajos prácticos accidentales pertenecientes á ciertos estudios (v. gr.; á la geometría, ó á la geografía), destinan la mañana de los miércoles á carpintería, jardinería, y á excursiones, y la tarde, á juego en el campo. Naturalmente, los párvulos tienen otros sistema especial, cuyas bases son el trabajo manual y el juego.—(N. de la R.)

(1) Equivale á regulares ó sistemáticos.—(N. de la R.)

(2) Tampoco nosotros usamos libros de texto.—(N. de la R.)

(3) Una de las cualidades que suelen extrañar más—y aun ser censuradas—en nuestros alumnos, es su familiaridad con los profesores, dentro y fuera de clase, y la falta de rigor autoritario y disciplina exterior. Sabido es, que tampoco tenemos premios ni castigos.—(N. de la R.)

Ministro de Instrucción pública, ha sido verdaderamente lamentable para la educación en el país. El número de los estudiantes de las Universidades, que era de 14,027 en 1886, descendió á 12.855 en 1891. En 1887, dictó una circular encaminada á impedir el ingreso de niños pertenecientes á las clases pobres en las escuelas intermedias (secundarias).

Universidades y escuelas.—*Cambridge.* El fondo benéfico continúa aumentando. Muchas de las sumas donadas vienen asignadas á un fin especial, como, por ejemplo, á edificios para las escuelas de Medicina y de Derecho. Mr. A. W. G. Allen, ha legado 10.000 libras para un premio en memoria del obispo de Ely. La notable colección de manuscritos hebreos, traducidos por el Dr. Schechter, y el Dr. Taylor de Genizah (Cairo), ha sido donada á la Universidad. En ella se encuentra el original hebreo del Eclesiastés y el único fragmento de la versión griega de Hexapla y Aquila, del Antiguo Testamento.—*Irlanda.* Continúa á la orden del día la cuestión de si la cesantía de los maestros ha de quedar á merced del administrador eclesiástico, ó del obispo. Parece que se resucita la eterna cuestión de la soberanía de la Iglesia en la enseñanza. ¿Cómo es posible contar con profesores competentes y de carácter, si han de estar sometidos á la servidumbre del administrador ó del obispo? La apelación de la decisión de aquél á éste es inútil, sabiendo que el obispo desea siempre sustituir por religiosos los maestros laicos.

Organización del trabajo del laboratorio en la escuela, por Hugh Richardson.—Hace veinte años, pocas escuelas poseían laboratorios. Los clásicos y las matemáticas se aprenden con libros, plumas y papel; pero las ciencias físico-químicas necesitan para su aprendizaje numerosos y complicados experimentos. Antes de comenzar el trabajo de laboratorio, deben los alumnos conocer exactamente su teoría, lo que van á hacer; al experimento ha de seguir la explicación, de la que conviene tomar nota en el cuaderno, preparado con los diagramas necesarios. El trabajo de laboratorio debe limitarse á un número dado de experimentos, cuidando de elegir aquellos de verdadera importancia teórica. También deberá procurarse que no sean demasiado difíci-

les para los niños, así como de que ofrezcan gran variedad en los procedimientos, aparatos y materiales. Si es posible, intervendrán en el experimento dos alumnos, desde el principio hasta el fin, empleando en él una hora ú hora y media á lo más; pero será mucho mejor que la totalidad de la clase realice simultáneamente el trabajo, pues que esto da lugar á una fructuosa competencia. La rapidez y la limpieza son las principales virtudes del laboratorio; por eso debe facilitarse cuanto se pueda el trabajo, procurando el mayor orden en la colocación de los aparatos y de los materiales y roturándolos cuidadosamente, á fin de que el profesor desde su sitio pueda señalar el lugar que ocupa cada cosa. El autor entra en minuciosos detalles técnicos que, sobre ser de aplicación discutible, es imposible extractar.

Sesión de verano de la Sociedad de extensión universitaria.—Los organizadores se propusieron mostrar en las conferencias (que se verificaron durante una quincena) lo que Londres ha sido, es y será. Seaman se ocupó en sus lecciones de los tres modernos poetas londonenses (Rossetti, Browning y Morris). De la historia de Londres, se ocuparon Sir Walter Besant y MM. Gollancz, Skeat, Chierston Collins, Hales, Sir John Evans; Mr. Green, de lo que por la gran Metrópoli han hecho las corporaciones de Artes y Oficios. La contribución de Londres y de los londonenses á la ciencia dió motivo á las interesantes conferencias de Mr. Sylvester (Faraday y sus contemporáneos) y Mr. Ramsay (Boyle, Cavendish y Graham). La música y los músicos de Londres ha sido el tema de las lecciones de Mr. Frederick Bridge; Mr. Mackindler dió una brillantísima conferencia sobre la geografía de Londres y Mr. Softie dos acerca de sus archivos; Mr. Marriott, se ocupó de John Colet y de la fundación de la Escuela de San Pablo; Mr. Arnold Mitchell, dió cuatro conferencias sobre la arquitectura de Londres; Mr. Gaskell hizo un estudio de las obras maestras de los pintores Hogarth, Gainsborough, Reynolds y Turner; Miss Rose Kingsley trató de las escuelas modernas pictóricas de Francia é Inglaterra, con referencia á los cuadros expuestos en Millbank Gallery; Miss Jane Harrison habló de los mármoles de Elgin en

la Exposición de Burlington Gardens y, en conferencias sucesivas, de los del British Museum; Sir Joshua Fitch disertó sobre la Galería nacional de retratos y sus aplicaciones á la enseñanza. Es obvio que de una, dos ó tres conferencias no se puede sacar una sólida instrucción; pero es indudable que estimula grandemente el deseo de aprender. En la Sección de educación, revistieron excepcional interés los estudios sobre el niño, objeto de las lecciones de Mr. Earl Barnes. Es admirable la inmensa labor realizada por este profesor en sus investigaciones del espíritu infantil, que muestran cómo los niños y niñas de América é Inglaterra crecen en inteligencia social y menguan en brutalidad, á medida que adelantan en edad (de 8 á 14 años). Una de las mejores conferencias de esta Sección ha sido la de Mr. Miall sobre el tema extremadamente simpático del deber de excitar la curiosidad de los niños. No olvidaremos las lecciones acerca de la enseñanza en Londres durante los siglos xvii, xviii y xix, dadas por Mr. Findlay y Sir Joshua Fitch.

Asociación de directoras de escuelas.—*Conferencia anual.* Se celebró el 11 de Junio, en la escuela superior de Blackheath, ocupando la presidencia Miss Jones y asistiendo un ciento de asociadas. En su discurso presidencial, habló la directora de la escuela superior de Notting Hill del tan traído y llevado Bill de la enseñanza secundaria: dió cuenta del Congreso internacional de enseñanza técnica y de los celebrados con motivo de la Exposición Victoriana y en el Colegio de Owens, de Manchester. Miss Bryant defendió la proposición de la necesidad de la presencia de mujeres en la dirección oficial local y central de la administración de la enseñanza secundaria, ayudándola en sus propósitos Miss Page y Miss Beevor; Miss Woodhouse disertó sobre la conveniencia de que la Asociación se adheriera á los principios expuestos en la Memoria recientemente publicada por el Comité unido de la enseñanza de profesores.

Bibliografía.—Crítica de los libros siguientes: *Talks with Mr. Gladstone* (conversaciones con Mr. Gladstone) por Lionel Tollemache. — *Cambridge Geographical Series. A history of ancient Geography*, por H. F. Tozer. — *Euclid's elements of Geometry*, por Charles Smith. — *Religion and conscience*

in ancient Egypt, por W. M. Flinders Petrie. — *Remi et ses amis: Episode de sans famille*, por Maurice Rey. — *Elementary practical Zoology*, por F. E. Beddard. — *Nature study in elementary schools*, por L. Wilson. — ADOLFO BUYLLA.

ENCICLOPEDIA.

LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO DE PLATÓN SEGÚN UN LIBRO RECIENTE

por el Prof. D. Francisco Giner,

Catedrático de la Universidad de Madrid.

(Conclusión) (I).

II.

Consideremos ahora cada uno de estos grupos, en su contenido doctrinal, y especialmente lógico.

Las dos fases capitales y relativamente opuestas en Platón, la idealista y la crítica, no se presentan (ni era posible) como dos términos cerrados, formados de una vez cada uno, y sin transición al otro; sino que ofrecen una serie continua. El pensamiento del filósofo comienza, como siempre acontece, bajo el influjo de su maestro (diálogos socráticos); su evolución no se detiene; y ya hacia el fin de este período (en el *Gorgias*), comienza á apuntar el germen de la teoría de las ideas, cuyo desarrollo constituye el período siguiente, hasta culminar en el *Fedón*; tras de éste, vienen las aplicaciones á la política y á la educación (platonismo medio), iniciándose aquí las primeras oscilaciones, que conducen á una reforma, organizada en la nueva teoría del conocimiento y la ciencia, cuyos últimos desenvolvimientos forman la última fase, cerrada por las *Leyes*. No se trata, pues, de grupos concretos y aislados; sino de una marcha, más ó menos lenta, condensada en ciertos momentos, cuya expresión son los diálogos, que sólo corresponden á aquella progresión, como corresponde una serie discreta á otra continua.

El Sr. Lutoslawski estudia esta marcha en los últimos capítulos de su obra. Cada uno de ellos comienza por una espe-

(I) Véase el número anterior del BOLETÍN.

cie de introducción; sigue el examen individual de los distintos diálogos que examina, primero en sus teorías, luego en su estilo y cronología; y, á veces, concluye con un resumen de la característica general de todo el grupo.

Al período socrático, pertenecen gran número de pequeños diálogos, cuya autenticidad es discutida y cuya cronología no ha sido aún fijada por medio de los nuevos estudios estilométricos. La característica del socratismo, dice el autor, está sobre todo en dos elementos: cuanto al método, en el uso de la inducción y el análisis; y cuanto al objeto, en el predominio de los problemas éticos, que llega hasta medir el valor (lógico) de los juicios por su valor moral (1). Platón, á diferencia de su maestro, más que un moralista, era para el señor Lutoslawski, un político, un metafísico y un lógico. Añadamos todavía la ignorancia socrática, posición profunda, á que estos diálogos conducen, más que á una doctrina definida. *Eutifrón*, la *Apología*, *Critón*, *Carmides*, *Laques*, *Protágoras*, *Menón* y *Eutidemo* son los principales de este grupo, cuyo contenido analiza. El *Gorgias* cierra el primer período de la filosofía de Platón y prepara el siguiente, saliendo de los problemas éticos, que hasta aquí principalmente ocupaban su espíritu, á los lógicos y metafísicos, que predominarán en adelante, y comenzando á afirmar la certeza del conocimiento racional, *a priori*, absoluto, que el alma tiene por intuición (para explicar la cual acude á la reminiscencia y á la preexistencia, deduciendo de aquí su inmortalidad). Este principio, añade, desde entonces, «no ha desertado nunca de la filosofía europea.»

En esta conciencia de la infalibilidad del conocimiento racional intuitivo, que es todavía aquí un hecho psicológico, dice el autor, comienza ya á prepararse la teoría de las ideas, que propiamente se forma en el período inmediato. El *Cratilo* y el *Banquete* se acercan ya al problema propiamente lógico del conocimiento *a priori*, desde los puntos de vista que el autor llama, respectivamente, lingüístico y estético. En el primero, el idealismo ontológico adquiere forma definida, y aparece fundada en consi-

deraciones metafísicas. A la permanencia de la sustancia, corresponde la del verdadero conocimiento (*ἐπιστήμη*), que, á distinción de la opinión (*δόξα*), no cambia, ni puede de consiguiente tener las cosas mudables por objeto. El dialéctico maneja acertadamente el lenguaje (sobre el origen del cual, Platón repugna, lo mismo la teoría de la creación divina, que la de la convención): el error del conocimiento nace del uso imperfecto de aquel.

El *Banquete* toma otro camino: el estético, que ha dado lugar en este diálogo («la más consumada obra de arte del genio de su autor») á la célebre teoría del «amor platónico.» Este amor puro lleva al conocimiento superior de la verdad, porque no es amor á una sola persona, ni á una sola ciudad, ni á una sola ciencia, sino á la idea de la belleza: idea que ya aquí se presenta como objeto de intuición, preparada en el espíritu por el hábito de la generalización, de la marcha de lo particular á lo general; pero que no depende de lo particular (cuya base es, por el contrario), ni es noción, sino una realidad más perfecta que toda obra de arte. La idea de la belleza, sobre que versa el *Banquete*, ofrece aquí ya los caracteres que después han de distinguir á las ideas todas, como tales.

Esto acontece en el *Fedón*. A la contemplación poética de aquella idea, sucede la exposición lógica de la teoría de las ideas en general, cuya culminación halla el autor en este diálogo. Platón establece la prioridad de la idea, como realidad sustancial y trascendente, á diferencia de la noción general, inmanente en el sujeto que piensa; la evidencia de su conocimiento, comparado con la inferioridad de la percepción sensible, que depende del cuerpo, el cual le aparece aquí como obstáculo para la posesión de la verdad absoluta; las imperfecciones de la apariencia exterior—las famosas «impurezas de la realidad», de que tan cómodamente se ha abusado y abusa todavía—comparada con la perfección típica de la idea pura; la necesidad, sin embargo (casi diríamos dolorosa), de la experiencia sensible, en nuestra presente condición terrena, para prepararnos á la intuición de esa idea, que, directamente, sólo es asequible al espíritu, separado del cuerpo en una vida anterior; el valor de las ideas,

(1) Pág. 201.

como base para la explicación y corrección de lo sensible (por ser ella principio del fenómeno), y no al contrario; la semidivinización, por esta cualidad, del filósofo; el valor objetivo de la lógica, la cual aparece por primera vez como una disciplina para preservarnos del escepticismo (que compara con una especie de misantropía); la causalidad final, como superior á la causalidad mecánica; la unidad de la realidad y el pensamiento... todos los elementos, en suma, del idealismo platónico.

Llegado á la posesión de su principio, Platón entra en su aplicación «á fines prácticos, al intento de promover el progreso moral de sus contemporáneos» (1). El punto de vista de la ética individual, como mero asunto de la conducta del hombre, punto de vista propio de los períodos anteriores, es ya insuficiente. Tal vez le parece abstracto. La moralidad depende de condiciones sociales: la reforma del Estado y la reforma de la educación nacional, implicada, en parte, en la primera. La *República* trata de ambas; el *Fedro*, especialmente, de la última.

Este es el período que el Sr. Lutoslawski llama «platonismo medio.»

Por entonces, debía hallarse la enseñanza del filósofo en todo su esplendor, con la fundación de la Academia, verificada poco antes (387 a. d. C.) y que es tal vez la escuela de la antigüedad que ha tenido una mayor resonancia y más larga vida: como quiera que dura, en su propio local, hasta Sila (87 a. d. C.), y, en Atenas, hasta Justiniano (529 d. C.) (2). Este florecimiento contribuyó, probablemente, á aumentar más y más el interés de Platón por los problemas concernientes á la educación y á la vida social.

Sabido es que, de todas las obras de Platón, la *República* y las *Leyes* son las más extensas, y que debieron costarle largo tiempo, en una época, además, en que, desde las condiciones materiales á las psicológicas, todo dificultaba mucho más que hoy la composición y redacción de libros de esa importancia. En la *República* y en *Fedro* debió emplear unos seis años, concluyéndolos hacia los 50 de edad.

La *República* es sin duda, por su parte, el más popular de sus libros. Enumerada entre las llamadas «utopías» políticas y sociales, sus teorías han sido objeto de los más distintos juicios, pareciendo á veces tan extravagantes, que hasta ha habido quien, como Schmelzer, las ha creído una broma de su autor (1). Ciñéndonos á las ideas lógicas, el Sr. Lutoslawski establece entre los diez libros de este diálogo ciertas analogías y diferencias, que lo llevan á formar cinco divisiones: a) el libro I; b) los libros II-IV; c) los libros V-VII; d) los libros VIII-IX; e) el libro X.—El libro I no pertenece á este período; el autor lo coloca entre el *Gorgias* y el *Fedón*.—Del segundo grupo forma parte la célebre psicología de las facultades, como base de la sociología (pues, como dice Janet, toda la política de Platón descansa en una psicología del Estado); abraza, además, la discusión de la idea de la justicia, y trae una expresión muy perfecta de la doctrina de la unidad de Dios.—El grupo tercero insiste sobre las teorías idealistas del *Fedón*, y aun las acentúa, buscando la verdad, más en el pensamiento que en la realidad; desdeñando la observación de los fenómenos, para dar el conocimiento racional por único contenido á la ciencia toda, desde la matemática á la dialéctica, su término supremo; viniendo á establecer, por vez primera, la relación entre el todo y las partes, mediante la unidad de la causa final del universo, doctrina «que ha permanecido inmutable, á pesar de todos los progresos de las ciencias particulares y la filosofía» (2). En esta parte, como es sabido, se halla la célebre alegoría de la caverna.—El grupo siguiente, formados por los libros VIII y IX, es el más esencialmente político; pero tiene menos importancia lógica.—Mas, en el X, á los tres géneros de conceptos hasta entonces admitidos por Platón como ideas, en el sentido platónico de esta palabra, á saber, los conceptos matemáticos, éticos y estéticos, viene á añadir otro cuarto grupo: las ideas de cosas artificiales; con lo que comienza á iniciarse una reforma en el pensamiento de Platón. Otra señal análoga se halla en el poder de rectificar los errores del sentido por medio del número,

(1) Pág. 267.

(2) Págs. 4 y sig.

(1) Pág. 25.

(2) Pág. 303.

peso y medida, es decir, por una intervención de ideas matemáticas, intervención que enlaza los opuestos términos del conocimiento.

El *Fedro* cierra este grupo, teniendo un carácter más bien pedagógico. En él, parece disminuir la distancia entre la percepción sensible y la idea: distancia que, á pesar de las declaraciones enfáticas de Platón, nunca ha sido tan irreductible como á primera vista parece. La idea no es hallada en los particulares, ni sacada de ellos; pero sí resulta de su estudio, mediante el cual llega la razón á descubrirla intuitivamente: la experiencia, pues, viene á adquirir ya otra importancia y á ser como la ocasión que despierta aquel descubrimiento.

En este período, según el Sr. Lutoslawski, además, aparece ya cierta oscilación entre la antigua teoría de las ideas sustantivas y la que él llama «concepción crítica y lógica», que más tarde acabará por preponderar en Platón, pero que aquí sólo se vislumbra. La característica del «platonismo medio» está solo en reconocer que la idea, aunque es independiente de lo particular y sensible, del fenómeno, no lo es ya tanto del espíritu—y espíritu individual—en el cual es inmanente. Aquí se inicia una concepción (á su ver) análoga á la de Kant, con quien Platón tiene todavía otra semejanza, dice: la de haber emprendido la reforma crítica de su primitiva filosofía, á los 50 años.

La descripción de esta reforma sirve de objeto al cap. VII. El programa del *Fedro* se realiza en los diálogos dialécticos, cuya primera etapa forman el *Teetetes* y el *Parménides*. El creciente interés por la investigación física, que lleva al filósofo á un concepto más amplio del movimiento—aquí ya sinónimo de alteración cualitativa—«que implica la subjetividad del espacio»; la evolución de las ideas sustantivas á categorías de la razón, construyendo «la primera tabla de categorías en la historia de la lógica», antes de Aristóteles, pues, y con aplicación á la interpretación de la experiencia; la tendencia á las clasificaciones; la concentración del ideal del filósofo en la especulación, apartándose de la política, que prevalecía en la *República*: tales son los rasgos capitales de estos dos diálogos. Los resultados más importantes á que en

esta reforma llega Platón, parecen ser: la subjetividad de las sensaciones; la unidad de la conciencia en el acto del juicio; la pluralidad y mutua relación de los géneros supremos del sér; la analogía universal entre las cosas grandes y las pequeñas, «todas dignas de igual cuidado para aumentar nuestro conocimiento».

Que, de estos diálogos, el *Teetetes* ocupe el lugar intermedio que en el desarrollo del pensamiento de Platón le asigna el Sr. Lutoslawski, no es cosa admitida. Hay, ciertamente, partidarios de una cronología análoga á la que él señala; pero abundan los de opiniones opuestas, y entre ellos, Zeller, cuyos argumentos discute el autor con detenimiento y extremada sagacidad. Con este motivo, además, y á propósito de una observación de Teichmüller, presenta un interesante cuadro de las 12 formas de diálogos empleadas por Platón, que introdujo probablemente este género en la literatura filosófica de Grecia. La narración continua, la usa tan solo en tres obras: *Lysis*, *Carmides* y la *República*. El análisis de ésta y la citada discusión sobre la cronología del *Teetetes* pertenecen sin duda á lo más importante del libro.

Los diálogos que representan la nueva teoría, anunciada por los dos anteriores, son: el *Sofista*, el *Político* y el *Filebo*. Con ellos mantienen el *Parménides* y el *Teetetes* la relación que media entre una preparación crítica y una construcción doctrinal y sistemática, aunque expuesta de un modo más bien indirecto. En el *Sofista*, lo que Platón viene realmente á tratar, es el problema del método científico, en una forma que se acerca á la de los escritos de Aristóteles. Admite ya la legitimidad de una exposición continua, al modo de la de éste, á diferencia de lo que todavía pensaba en el *Parménides*, y sobre todo anteriormente en el *Protágoras*: desde ahora, esa forma directa prevalecerá sobre la dialogada. El concepto del método aparece aquí con claridad por vez primera. El desinterés de la ciencia, único fin del filósofo; el sentido universal de todo objeto de conocimiento; la gradual acentuación del concepto de la dialéctica, como ciencia de la clasificación y combinación de las nociones, y no como ciencia de Dios; la concepción dinámica de la realidad; el constante aumento del valor

de la experiencia; el estudio del juicio; la crítica de los dos extremos del materialismo y el idealismo, que reputa concepciones igualmente estrechas y parciales; en fin, la sustitución de la realidad á la idea, como primer objeto de la indagación: todo ello, así como la forma más impersonal de los interlocutores, presta al *Sofista* un carácter tan distinto del que al platonismo suele señalarse, que ha motivado las (ilegítimas) dudas de algunos escritores sobre su autenticidad. Añádase, todavía, como temas de interés en ese diálogo, aunque no tan directamente enlazados con el problema fundamental: la educación lógica; la representación del conocimiento, como una obra de cooperación en la historia; la independencia de las ideas respecto del lenguaje, lo cual impide la idolatría de las fórmulas (aunque contrasta con la despótica intolerancia que después acentuará en las *Leyes* y que el Sr. Lutoslawski llama (1) «fuente de la moderna inquisición»—probablemente, por medio del platónico San Agustín); la división de la ciencia universal en pura y práctica, etc., etc. Pero, sobre todo, repetimos: la idea aquí es ya resueltamente una noción; aunque no toda noción es idea, sino sólo aquella que está pura y exenta de error.

Mayor progreso aún se ofrece en el *Filebo*, donde además se prepara la teoría del silogismo de Aristóteles, por la concepción del término medio; se insiste en las categorías y se lleva la división de la ciencia á una especie de enciclopedia. Platón declara ya á las ideas como indivisibles de las cosas concretas, de que únicamente las separamos por la abstracción. «Existen, además, en la mente divina» (según ellas está hecho el mundo); y «de allí pasan á nuestras almas, mediante la observación de los particulares concretos» (2). «Permanecen eternas; pero han perdido su existencia supra-mundana y solo cabe buscarlas y hallarlas en las almas» (3). La importancia dada á los fenómenos crece, hasta el punto de poner en la experiencia universal del género humano y en las investigaciones de los especialistas la base de la síntesis del

conocimiento, no aceptando explicación teórica que no convenga aun con los más mínimos detalles empíricos. No contradice á esto que declare á esas investigaciones un mero pasatiempo para descansar de las especulaciones metafísicas (1); veamos en ello una vez más su constante idea de la supremacía de esas especulaciones y de que no hay verdadera ciencia de las cosas mudables, cuyo conocimiento queda en pura probabilidad siempre (2).

Viene ahora ya el último grupo, formado por tres obras, que todos los críticos unánimes reconocen como las últimas también que Platón escribió—el *Timeo*, *Critias* (sin acabar) y las *Leyes*—y que constituyen, por tanto, los «últimos desarrollos de su pensamiento». En este período, la objetividad del conocimiento se funda, no en las ideas trascendentes, sino en la unidad y comunidad de las diversas almas individuales, provinientes del alma del mundo. La relación de Dios con éste, los problemas de la ordenación del caos por Él, de la providencia, la inmortalidad y la reencarnación; los conceptos de razón, necesidad, causalidad, tiempo y espacio, materia y otros de la física, son los principales asuntos de este grupo. El alma, no la idea, viene á ser ahora el punto central de la teoría del conocimiento, conservando siempre la visión de Dios y de la verdad absoluta en otra existencia anterior y la supremacía del conocimiento racional respecto del sensible.

El libro del Sr. Lutoslawski concluye con un resumen de la lógica de Platón. En él, prescindiendo ahora de todas las diversas teorías psicológicas, éticas y metafísicas que en la exposición ha ido el autor señalando, á fin de caracterizar la evolución de la doctrina platónica y confirmar á la vez la cronología de sus escritos, describe la evolución puramente lógica del pensador incomparable.

El autor observa, ante todo, que es imposible pretender sacar toda la filosofía de Platón, de sus escritos. Ya, no sólo con motivo del célebre pasaje del *Fedro*, sino en otros varios lugares de su libro (3), in-

(1) Pág. 445.

(2) Pág. 470.

(3) Pág. 469.

(1) Pág. 481.

(2) Págs. 301, 435, 465 y *passim*.

(3) Páginas 345, 349, 358, 499, 517.

siste en la preferencia que aquél da á la enseñanza oral sobre la escrita. Mucho se ha hablado siempre sobre estas dos formas en que el científico, y por tanto el filósofo, cumplen su obra como función social, trayendo á otros hombres á verdadero conocimiento. Entre el libro y la palabra hablada, se dice, ésta es más propia de aquel maestro que aspira á educar á los hombres para que busquen la verdad, y no meramente á difundirla entre ellos: pues esa clase de obra es imposible sin la comunicación personal y directa, la conversación flexible, la discusión continua, entre el educador y el educando. El libro es, por su mismo carácter permanente, algo seco y rígido, más impersonal, más impasible. Pero, en consecuencia, es más intelectual también y da más facilidades para ulterior reflexión y trabajo individual; mientras que la palabra viva impresiona por el momento más enérgicamente; su acción, más sentimental y más rápida, queda asimismo más en la superficie, de suerte que sólo á fuerza de insistencia puede edificar con alguna solidez en los adentros. Ambas formas se suplen y condicionan mutuamente.

Resumiendo en sus líneas generales el desarrollo de la filosofía de Platón, vemos que, al principio, no se ha interesado mucho por los problemas lógicos. Su pensamiento parece moverse, como ya se ha dicho, en el molde de Sócrates: las cuestiones de ética dominan; y sólo en observaciones incidentales da alguna señal de reparar en la marcha del pensamiento. En el *Menón*, probablemente escrito á los 33 años, ya se inicia un primer paso, y tan importante, que parece un bosquejo, un germen, de lo que, andando el tiempo, vendrán á ser sus últimas teorías: la fundación del conocimiento *a priori* en la preexistencia de las almas, cuya semejanza nace de la unidad del universo, y la distinción entre la opinión (verdadera) y el conocimiento, paralela á la de la apariencia y la sustancia y que es uno de sus rasgos característicos. Sin embargo, el método es todavía socrático, inductivo, apoyado en la experiencia usual, añadiendo el razonamiento hipotético, que discute las consecuencias de las diversas suposiciones contrarias, antes de decidir entre éstas. En el *Gorgias*, la ignorancia socrática se convierte en cer-

teza ética. El *Cratilo* es el primer diálogo propiamente lógico: la cuestión sobre la verdadera realidad de las cosas, á distinción de su apariencia, prepara el tránsito de las nociones socráticas á la teoría de las ideas sustanciales, que identifica la objetividad y la trascendencia, y que se desenvuelve en el *Banquete*, el *Fedón*, la *República* y *Fedro*. Aquí, la característica de la ciencia por la reducción á la unidad de las verdades particulares, y la oposición entre el conocimiento, propiamente tal, que tiene por objeto las ideas eternas y por signo la permanencia, y la opinión, que se refiere á la apariencia fenomenal y con ella cambia, constituyen los núcleos de condensación del pensamiento; aunque la introducción de la *δύναμις*, del movimiento propio del alma, en el último de estos diálogos, puede ser considerada como un primer punto de partida de la reforma crítica iniciada en el *Teetetes* y el *Parménides*.

Ensayan éstos, por vez primera, un sistema de categorías, como nociones supremas; abandonan y aun critican la teoría de las ideas, como entidades independientes del alma; muestran cada vez mayor interés en el estudio de la naturaleza, é insisten en la concepción dinámica del espíritu, que el *Sofista*, el *Político* y el *Filebo* convierten en una doctrina. En ella, á la intuición, sustituye la actividad del pensamiento humano, semejante al pensamiento divino, creador y ordenador del universo. La ciencia se construye en la historia; y la clasificación y sistematización de las nociones, el análisis y la síntesis, solicitan el primer lugar en la atención del espíritu.

Estos puntos críticos de vista son organizados en un sistema (relativamente: al modo como Platón construye, no al modo de Aristóteles), en el *Timeo*, el *Critias* y las *Leyes*. El universo, en este último platonismo, «no es un sistema de ideas, sino de almas» (los verdaderos seres), que obran entre sí y tienen diferente perfección gradual: desde el alma de la planta, á las de los astros (dioses) y al alma del mundo, Providencia divina que dirige á los individuos á través de toda una serie de existencias, probablemente sin principio ni fin. El conocimiento es un fruto de la investigación, de la clasificación, generalización, división; se sirve del lenguaje y se

comunica por la enseñanza; las ideas, que existen en las almas, son eternas é inmutables (como lo son las de Dios mismo, que forman su modelo) y constituyen dechados ejemplares de la realidad sensible.

De la fase socrática, psicológica, inductiva, crítica, no sé si diga un tanto escéptica (sólo en la mera apariencia), va Platón á la fase del idealismo ontológico, para volver, en cierto modo, á una posición un tanto semejante á la primera, aunque ya con muy otro contenido. De esta suerte, Platón, primeramente, padre de ese idealismo que viene hasta Hegel, es, en esa última fase de su filosofía, el precursor de Descartes, en cuanto al valor de la conciencia; de Kant, en el carácter formal de las categorías *a priori* y en las antinomias; de Leibniz, en la teoría de la Providencia (1). Disponiendo de todas las condiciones personales de fortuna, sociales, políticas, que facilitan la obra del filósofo; habiendo realizado su misión—«mostrar por vez primera la fijeza de las ideas y la infinita dignidad del alma humana...»—«está muy por cima de su gran maestro, muy por cima de su gran discípulo...» «Sus diálogos son únicos, como monumento literario y filosófico, y merecen la mayor atención de todos cuantos se afanan por la Verdad metafísica, sin satisfacerse con el mundo de las apariencias y los intereses pasajeros de la vida material» (2).

Así acaba el Sr. Lutoslawski.

III.

Es imposible, cualesquiera que sean las opiniones de los hombres competentes acerca de sus soluciones, que haya sino la más perfecta unanimidad acerca de sus méritos. Su erudición, de primera mano; su educación de helenista, que le permite comparar, discutir é interpretar los más controvertidos textos; su dominio de la literatura platónica, tan rica ya hoy, que hasta cuenta con revistas especiales (3); su

infatigable perseverancia; su prudente circunspección, para no resolver ciertos problemas; la estructura intelectual de su espíritu, son condiciones que, más ó menos, puede apreciar el profano, para el cual, por corta que sea su cultura en este género de estudios, quedará como modelo, v. g., la discusión de los argumentos de Zeller sobre la cronología del *Teetetes* (1). Ayuda, además, al autor su amor entusiasta al maestro, por cuya doctrina, en su última fase, se advierte clara simpatía en su libro, como ya se ha podido ver en algunas ocasiones y aparece en otras muchas: por ejemplo, respecto del carácter incierto de la ciencia natural, el panpsiquismo, la inmortalidad y preexistencia de las almas, y aun el propio valor de las ideas, independientemente, no de la conciencia, en que son presentes, pero sí de lo particular y sensible (2). A algunas de estas coincidencias tal vez no haya sido enteramente extraña la enseñanza que el autor recibió en su juventud de Teichmüller.

Así se comprende bien la complacencia con que insiste en notar tantos pensamientos y anticipaciones de la moderna física, como encuentra en Platón (aun sin contar con la telepatía): la energía específica de los sentidos, la subjetividad de los colores, la concepción del calor y la luz como formas de movimiento, la antigüedad geológica del hombre, los espermatozoos, los cambios periódicos de las estrellas, la reducción de toda modificación de la materia á agregación y dispersión, la composición del agua por dos átomos de un gas y un átomo de otro, etc., etc. (3).

Ahora, en cuanto al problema fundamental, ¿tiene razón el Sr. Lutoslawski? ¿Hay, en Platón, esas diversas fases de pensamiento, cuyos matices tan circunstanciadamente analiza?...

Su libro es un libro para especialistas, basado en los textos originales y lleno de alusiones á la literatura platónica: á los es-

(1) Pág. 525.

(2) Pág. 527.

(3) Según el autor, la bibliografía platónica es todavía muy incompleta, á pesar de los trabajos y publicaciones

especiales de Teufel, Vahlen, etc. El *Lexikon Platonicum* de Ast es también incompleto y sería menester revisarlo, antes de reimprimirlo: reimpresión, cuyo coste se estima en 750 libras esterlinas.

(1) Pág. 385 y sigs.

(2) Pág. 360.

(3) Páginas 372, 374, 380, 525.

pecialistas toca decidir. Sus razonamientos son á veces de mucha fuerza; dejan impresión profunda; pero en un problema de esta clase, la adhesión de los profanos es tan inútil como su negativa.

Tomando las cosas de un modo general, lo único que podría decirse es que el pensamiento de Platón, sin duda, como el de todo filósofo, y aun en realidad de todo hombre, por más que á veces se aferre en negarlo, y hasta en impedirlo, es una corriente viva, más ó menos rápida, pero, por necesidad, vária siempre. Sus estados permanecen por mayor ó menor tiempo, pero el movimiento es incesante; y si sus cambios pueden ser más ó menos acentuados, bruscos ó imperceptibles, aun los más violentos enlazan sin solución cada nuevo estado á los anteriores, que subsisten en él, por agrio que el contraste sea, sin romper jamás la unidad de la serie. La deformación es constante: mudanza y permanencia, homogeneidad y contradicción, se dan una con otra, en el espíritu como en la naturaleza, porque juntas forman la característica sustancial de toda vida. Solemos tomar (con error) como tipo de la estabilidad más imperturbable al cristal. Si el ejemplo fuese exacto, podríamos decir que el pensamiento no cristaliza nunca. Progresa, retrocede, va de un lado al opuesto, anda y desanda el camino, oscila, se forma y se deforma; no se para jamás, aun queriéndolo el sujeto. La doctrina, pues, del filósofo, es siempre mera expresión exterior de esa corriente inagotable; sus fórmulas vienen á ser su aspecto más visible; y conforme va fijando de tiempo en tiempo la palabra sus representaciones concretas, abandona como el artista al mundo exterior esos productos, pero sin suspender su camino.

Esta obra intermitente, libros, escritos menores, lecciones, conversaciones, etc., son los signos de que necesariamente nos valemos para inducir el estado (interno) del pensamiento de un autor y construirlo en un esquema, el cual, al modo de las figuras de la geometría, y aun de la propia morfología natural, expresan sólo una simplificación, más ó menos aproximada, de la realidad efectiva, que pueden atestiguar, ciertamente, pero nunca reproducir por entero.

Ahora bien; en general, podemos representarnos lo que llamamos la doctrina de un filósofo, de uno de estos tres modos. O bien elegimos de entre los documentos que tenemos á nuestra disposición el que reputamos más importante, y prescindimos de los demás, ó los subordinamos á él, suponiendo que revela el momento culminante donde, por decirlo así, hizo alto el curso de su espíritu; ó bien estudiamos con atención esos diversos testimonios, para hallar sus notas comunes y establecer una definición del fondo permanente que á través de todos ellos persiste; ó bien, en fin, apoyándonos en su relación cronológica, procuramos reconstruir la evolución de aquel espíritu en sus fases capitales. De estos tres modos, los dos últimos son por igual legítimos. No lo es tanto el primero. Y, sin embargo, éste parece ser, precisamente, el que, desde Aristóteles, viene sirviendo para establecer la característica de Platón por la teoría hipostática de las ideas. El tercer camino es el que adopta, como hemos visto, el Sr. Lutoslawski; y puede asegurarse que, haya acertado ó no en todos sus pasos, ha hecho perfectamente en proponérselo. Ningún filósofo, y menos, si cabe, un espíritu como el de Platón, que además, por fortuna, vivió y trabajó tan largo tiempo, podrá exceptuarse de esta ley de la evolución y la vida.

Cabe también adoptar el segundo camino. En este caso, la definición del platonismo sería la de un sistema que, en medio de esa evolución, ofrecería ciertos elementos permanentes. Por ejemplo: el espiritismo radical, que ve sólo en el alma el verdadero sér, y ser inmortal, ya por unas, ya por otras razones; la eternidad y prioridad de las ideas, ora como sustancias, ó como pensamientos divinos, ejemplares de la realidad fenomenal, ó como meras representaciones y conceptos; la consiguiente superioridad del conocimiento racional respecto del sensible, debida también, en parte, á una solidaridad inexacta entre la inmutabilidad del conocimiento y la de su objeto; la reducción del valor de la experiencia al servicio de lo general (tal vez, á diferencia de Aristóteles); la posición semi-divina de la filosofía y, lo que es más grave, del filósofo, así cuando lo encarga, como cuando lo excluye del go-

bierno del Estado; la preocupación por la educación y la juventud; la ética, esencialmente griega, del medio entre dos extremos, que heredó, con tantas otras teorías, Aristóteles.

La clasificación de la doctrina platónica, cosa ya más aventurada y relativa, sería quizá, por tanto, la de un idealismo: idealismo, primero, ontológico; después, crítico, que—hasta donde cabe establecer sin exageración estas analogías—ofrecería ciertas semejanzas con muchos de los que brotan hoy por todas partes, descendiendo, por líneas más ó menos indirectas, de Kant.

Pero un idealismo subjetivo, psicológico, crítico, es siempre un idealismo. Si fuese lícito tomar ejemplo de otro orden particular de estudios, Kant y Hegel son idealistas ambos en la Filosofía del Derecho. Y sin embargo, para el uno (la más alta representación, hasta el presente, de la concepción jurídica dualista), la historia es la obra accidental de la contingencia y del arbitrio, con cuyas imperfecciones nada tiene que ver la razón, destinada á lucha perdurable, para establecer en definitiva su reino, uno, absoluto é igual donde quiera; mientras que, para Hegel, lo ideal es lo real, visto de otro modo; la historia, la razón misma y la filosofía, no tiene respecto de ella otra misión que la de reconocerse triunfante en sus vicisitudes, como una revelación progresiva.

Se concibe que, en Platón, esa corriente incesante, y, por decirlo así, subterránea, á cuyo flujo no se sustrae el pensamiento de filósofo alguno, parezca más rápida que en Espinosa, en Kant ó Hegel; que presente oscilaciones tan acentuadas, como, por ejemplo, en Fichte: sea por el largo tiempo que, para ennoblecimiento de la humanidad, duró en la historia del mundo, sea por la índole de su espíritu, que en cada posición doctrinal se sentía menos seguro que otros pensadores y pugnaba por ahondar más y más, buscando certidumbre, rectificación y complemento. Si no fuera temerario fantasear conjeturas, se diría que quizá la conciencia, más ó menos vaga en él, de este afán incesante, le inclinó á preferir la enseñanza oral á la escrita, y en ésta, la forma inquieta y viva del diálogo á la exposición reposada y un tanto satis-

fecha y dogmática. Investigó, osciló, construyó, reformó; y dejó á otros el cuidado de redactar tratados y manuales (1).

EL ORO NATIVO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA,

por el Prof. D. Salvador Calderón,

Catedrático de la Universidad Central.

Frecuentemente se oye decir ó se lee, en los periódicos políticos, que es lamentable el abandono en que tenemos nuestros yacimientos auríferos, ó, por el contrario, que se ha perdido el tiempo y el dinero y se seguirá perdiendo, mientras haya empresas ó particulares que se propongan extraer oro de nuestro suelo. Ambas afirmaciones suelen hacerse con carácter absoluto, aunque desprovistas de toda confirmación; y no es mucho que así sea, por lo difícil que es aún formar juicio aproximado á la realidad sobre la verdadera importancia de los yacimientos del precioso metal que contiene nuestra Península. Faltan datos estadísticos referentes á su producción y, en cambio, hay un cúmulo de noticias contradictorias entre los antiguos historiadores, en las revistas modernas de minería y en multitud de informes y memorias de empresas, estos últimos guiados más por espíritu mercantil, que por motivos de investigación científica.

El asunto ofrece, sin duda, interés, tanto social como geológico, y por ello hemos ensayado reunir de un modo sistemático los resultados más positivos que pueden entresacarse de la heterogénea literatura antes aludida, los cuales dan un escaso contingente de verdadero valor.

Historia.—La explotación del oro en la región granadina se remonta nada menos que á la época prehistórica; pues en la Cueva de los Murciélagos de Albuñol, se en-

(1) En prensa este artículo, acaba de publicar el señor Lutoslawski un nuevo trabajo, resúmen del anunciado al final de la nota (2) de la pág. 383 del número anterior (*La fuerza anímica*, etc.) Se titula: *Sobre los supuestos fundamentales y las consecuencias de la concepción individualista del mundo* (al.) —Helsingfors, 1898; 88 págs.—y comprende estos capítulos: I. *Sobre las concepciones del mundo.*—II. *Ojeada histórica.*—III. *Supuestos metafísicos y psicológicos.*—IV. *Ética y religión de los individualistas.*—V. *El individualismo en la vida práctica.*—VI. *Teoría del conocimiento de los individualistas.*—VII. *Conclusión.*

contró, entre otros, un esqueleto, á cuyo cráneo estaba ceñida una cinta de oro metálico (1). A éste siguieron otros pueblos, como los fenicios, los cartagineses y romanos, en la industria minera de esa hermosa comarca. Tanto la tradición como la historia hacen mérito, desde los tiempos más remotos, del Cerro del Sol y de las colinas de la Alhambra como lugares auríferos.

Si hemos de creer á los antiguos, España alcanzó en tiempo de los fenicios, por su riqueza de oro y plata, el papel que desempeñan hoy América y Australia. Plinio menciona las Asturias (comprendiendo León y Galicia bajo esta denominación) como la región más aurífera de la tierra, y dice que concurrían anualmente con 20.000 libras de oro al erario romano, la mayor parte procedente de las márgenes del Sil, del Eo y del Oro: también se explotaba las arenas del Duero y del Tajo, y no faltan otras indicaciones de la importancia que concedían los antiguos á ciertas regiones de nuestra Península como comarcas auríferas, especialmente la galaicoastúrica (2).

Ignoramos si está bastante probado que en tiempo de los fenicios eran ya los astures expertos buscadores de oro, como algunos autores han pretendido; pero lo que sí es indudable es que de la época romana quedan vestigios de extensos trabajos, guiados por excelentes conocimientos mineros, en varios ramos. El ilustre ingeniero francés D. Adriano Paillette (3) condensó los datos de las muchas labores romanas practicadas en esa región para obtener el oro, la mayor parte á cielo abierto, indicando los sitios y el estado en que aparecen los restos de aquellos trabajos. El mayor número de los minados antiguos existe en las hiladas de cuarcita silúrica que principian en término de Vegalamar, al SO. de Cangas de Tineo y espiran al SE. de Luarca, sirviéndoles de guía una fajita de caliza; siendo notables, entre otros, los trabajos realizados en la durísima cuarcita de Veguina.

(1) Góngora: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.

(2) *Natura regionis circa se omnis auri, fera minis que et crisocolle et alliorum colorum ferax*. (L. Flori, *De Gest. Rom.*—Lib. IV, cap. XII.)

(3) *Investig. sobre la hist. y condic. de yacimiento de las minas de oro del N. de España*. (Rev. min., t. IV.)

Con posterioridad, Beuther (1) y Breidenbach (2) han vuelto sobre la cuestión de la explotación antigua y moderna del oro en nuestra Península, y especialmente del país del oro de Plinio, que estaría comprendido entre Coruña, Gijón, Salamanca y Oporto. La parte más rica radicaría en las provincias de León y Oviedo. Los vestigios de los antiguos trabajos muestran que los romanos revolvieron y lavaron 50 millones de metros cúbicos de terreno, y calculando para el resto del país del oro solamente una extracción triple de la de esta 14.ª parte, se llega á que la extracción debió ser de 200 millones de metros cúbicos.

El terreno está constituido por antiguas pizarras con oro en estado pulverulento, atravesadas por filones de cuarzo; pero el contenido aurífero de éstos, según numerosos ensayos de Breidenbach, es, en general, muy débil para dar lugar á una explotación lucrativa. Los trabajos de los romanos muestran además que sólo atacaban dichas pizarras, y únicamente por excepción los filones. Abrían galerías en las capas más ricas; pero procedían al mismo tiempo á una explotación en masa, demoliendo el terreno en grandes extensiones, y después tratando la totalidad con ayuda de poderosas corrientes de agua. El autor, repartiendo el trabajo realizado durante tres siglos, llega á una media anual de 9.003 libras romanas de oro por año (estas libras son de 320 gr.)

El profesor Suess, en su obra sobre el oro (3), consigna el dato de que en Idanha Velha, al E. de Portugal, se encontró una lápida votiva en la cual Tit. Claudino Ruffo da gracias por el hallazgo de 120 libras de oro.

Strabon y Plinio hacen particularmente mérito de las márgenes del Betis, como auríferas, mencionando el hecho como cosa bien averiguada.

En tiempo de los árabes habían desaparecido ya las riquezas de que hablan los antiguos en la región astúrica y colindantes; y los rebuscos realizados en época

(1) *Das Goldland des Plinius*. (Preuss. Zeitschr. Bergen Hutt., 1891).

(2) *Das Goldvorkomm. im nordlich. Spanien*. (Zeitschr. f. praktisch. Geol., 1893.)

(3) *Die Zukunft des Goldes*, Wien, 1877, pág. 232.

moderna, sobre todo por una compañía inglesa, han probado la existencia de oro en muchas de estas partes, si bien hasta ahora no han logrado descubrir ninguna mina digna de explotarse. Los yacimientos que los árabes trataron en gran escala fueron los granadinos, realizándolo por el procedimiento del lavado, respecto á lo cual pueden verse curiosos detalles en el trabajo moderno del Sr. Bourdariat sobre dicha región.

Caracteres.—Existe en la Península representación de casi todas las formas conocidas en que el metal precioso se presenta, con excepción de los buenos cristales, que no tenemos noticia se hayan citado de ella. Las formas de granillos ovoideos y hojuelas son naturalmente las habituales en los aluviones y diluviums de que luego hablaremos, así como en ciertas arcillas auríferas, como la de cerca de Navelgas, en el distrito de Salas, región de antiguas minas; aunque con escasez, en Peñaflor, Sierra Morena, y á veces en los aluviones de Granada. Cuando los granos alcanzan cierta dimensión, se llaman, como es sabido, *pepitas*, y de ellas hay ejemplares bastante voluminosos, procedentes del Sil y del Miño, en las colecciones del Museo de Historia Natural de Madrid, descritas por el Sr. Fernández Navarro (1). Dos pepitas, procedentes del primer río, son esferoidales y tuberculosas, y una de ellas aparece erizada de tubérculos, que á su vez lo están de pequeñísimos cristales. En terrenos de acarreo del centro de la provincia de Salamanca, se han encontrado á veces pepitas de algún tamaño y valor, sobre todo en Calzadilla de Mendigos y Torrubias, como asegura el ingeniero Sr. Gil Maestre (2). Las colecciones de la Universidad de Oviedo poseen también una notable pepita del río Cerojales, pueblo de Marzan, en la provincia de León, según nos comunica el profesor Sr. Barras. Cuéntase que el año 1842, trabajando en el camino entre Luarca y Cangas, se hallaron varias pepitas, notables algunas por su peso, como la citada por Schulz, en su *Descripción de la provincia de Oviedo*, que dice era de 52 onzas y té-

nía la forma de placa; y el Sr. Fuertes Acevedo (1) consigna haber visto otras más pequeñas, encontradas posteriormente en el mismo sitio. Cítanse también pepitas de los diluviums auríferos de la Sierra Nevada, de que luego nos ocuparemos.

Por excepción, se presenta el oro en forma de pegaduras y alambres dendríticos en el mineral de níquel de Peñaflor, en la provincia de Sevilla (2); verdaderas dendritas sobre cuarzo, en ejemplares procedentes del Darro; hebritas, en el cuarzo de San Miguel de Culerá, en Gerona; pero más frecuente es la forma de pajuelas y de escamas pequeñas, como se ofrece también en alguna de las localidades mencionadas, en la Nava de Jadraque, en la provincia de Guadalajara, y en Las Hurdes y Escambrax (Museo de Historia Natural).

En forma de polvo impalpable, que flota en el agua al lavar la roca que le contiene, existe en el citado Peñaflor y en la arcilla roja que cubre los aluviones auríferos de Granada.

En estado microscópico ó invisible, se halla el precioso metal en nuestra Península, como en otras localidades extranjeras, interpuesto en las piritas y sulfuros complejos, de la provincia de Huelva, en las de Salave, en Asturias, y en las de Montseny, en la provincia de Gerona. En esta misma y en iguales condiciones, la contienen los cobres grises de San Miguel de Culerá, el basalto de San Aniol de Finestras y el granito de Montseny, y se ha encontrado asimismo en la antimonita de Tapada, de Montalto, do Ribeiro da Serra (todas en Gondamar, distrito de Oporto), en Portugal, y en el cuarzo que le sirve de ganga, del cual se dice que en Portal se ha elevado á veces hasta 25 gr. por tonelada y ciertos ejemplares han dado hasta 200 gr.

Pocos estudios químicos minuciosos se han hecho sobre los oros españoles, asunto que ofrece mucho interés desde el punto de vista de las asociaciones que presentan los metales pesados y de la curiosa diversidad de tonos de color con que se presenta el que nos ocupa. Se sabe, sin embargo, que las escamitas del Darro dejan

(1) *Miner. de España, etc.* (Anal. Soc. Esp. de Hist. Nat., tomos XXI y XXII. — Actas)

(2) *Anal. de Minas*, t. II.

(1) *Mineralogía Asturiana*, 1880.

(2) Calderón: *La Sierra de Peñaflor y sus yacimientos auríferos*. (Anal. Soc. Españ. de Hist. Nat., t. xv.)

un gran residuo de plata en el agua regia, teniendo vestigios de rodio y de platino, y que su título es de 990 á 993 milésimas (1); el de Peñaflor y el de la Nava de Jadraque contienen además un poco de plata, y en el primero se ha visto una porción mínima de paladio y rodio. Se ha dado como ley para este oro 992 á 993 milésimas (2). El oro del Darro y el de Peñaflor es de un bello color amarillo intenso, así como en Asturias suele ser mate, más apagado y á veces con cierto aspecto ferruginoso.

Asociaciones.—Como queda dicho, en estado invisible se halla asociado el oro á las piritas y otros sulfuros y arseniuros, al cuarzo, é interpuesto en el magma de varias rocas. Por excepción, aparece en forma visible en dichos sulfuros ó arseniuros, si quiera sea en granillos aislados y sólo perceptibles con la lente; pero no así en el cuarzo, que constituye, como es bien sabido, el acompañante más frecuente del oro filoniano, así como la magnetita lo es del de los aluviones (ejemplo, en los de los ríos Sil y Darro). Tampoco es raro que el hierro oligisto sirva de ganga al metal precioso, como sucede en algunos filoncillos cuarzo-ferruginosos del Cabo de Gata, de la cordillera cantábrica, donde suele estar con rutilo, de Serracín y otros puntos de la provincia de Segovia. La asociación que es verdaderamente notable—y, á lo que entendemos, sin análogo—es la del oro macroscópico con la anabergita, que se presenta en Peñaflor, y del cual recogimos ejemplares que figuran en la Universidad de Sevilla y en el Museo de Historia Natural de Madrid.

Se asocia el oro á la plata en las Navas de Jadraque, y en estado invisible, á varios sulfuros, como queda indicado.

Yacimientos.—Es sabido que los filones cuarcíferos constituyen el yacimiento más generalizado del oro. Numerosos son los que existen en la Península, si bien por desgracia no lo suficientemente ricos para mantener explotaciones lucrativas. En este caso se hallan varios de la cordillera cantábrica, los de Culerá, en la provincia de

Gerona, que están en cuarzo ahumado (1); Caporales y Salientes, en la región montañosa de León; Riaza, en la provincia de Segovia; Las Navas de Jadraque, en la de Guadalajara; Nava del Rico Malillo, en la de Cáceres, en el Cabo de Gata y otros muchos. También carecen de importancia los filones ferruginosos de Madriguera, Serracín, Muyo y Becerril, en la provincia de Segovia.

Los filones cuarzosos y ferruginosos pasan á veces á conglomerados, siendo difícil entonces decidir del carácter del yacimiento. Así sucede en los de la provincia de Guadalajara, donde las hojuelas de oro se observan en el cemento de una pudinga de cantos cuarzosos, unidos por una arcilla ferruginosa, y en la Nava del Rico Malillo, antes citada. En Las Médulas y varios pueblos del Vierzo, los romanos lavaron inmensas cantidades de conglomerados diluvianos con aguas, conducidas por medio de canales (2); y son asimismo genuinos conglomerados auríferos algunos de Sierra Nevada, como los de la misma Alhambra de Granada.

El oro en filones ó diseminado en las rocas yace en terrenos de distintas edades; en el gneis de Hiendelaencina, Alcorlo, La Nava, en varios hallazgos poco importantes de la Sierra de Guadarrama y en mayor escala en las micacitas de Sierra Nevada, donde no constituye filones, según Guillemin-Tarayre, sino que impregna la masa entera de dichas rocas. En muchas pizarras cámbricas y silúricas de la región asturiana y leonesa y en las cuarcitas de ésta y de la provincia de Zamora, ocurre otro tanto, así como en el granito de Montseny; en las diabasas de la travesía del Vierzo á Cacabelos, en forma de venillas, y disperso en forma invisible, á nuestro juicio, en las de Peñaflor, al N. de la provincia de Sevilla, y en los basaltos de San Amiol de Finestras, Gerona, y el del cerro Moreno, el cual es algo aurífero, según ensayo del Sr. Sánchez Massiá (3).

(1) Guillemin-Tarayre: *Constit. miner. de la Sierra Nevada* (Compt. rend., 11 Mayo, 1885.)

(2) *Sierra de Peñaflor* (Bol. Com. Map. geol., t. XII.)

(1) Vidal: *Reseña geol. y min. de la prov. de Gerona*. (Bol. Com. Map. geol., t. XIII.)

(2) González Lasala: *Criaderos auríferos del Vierzo*. (Rev. min., t. III.)

(3) *Los basaltos del Campo de Calatrava*. (Revista minera, serie B, VIII, pág. 75.)

Los diluviums y aluviones formados á expensas de rocas auríferas, sobre todo cuando la acción mecánica y química del agua ha eliminado una buena parte de los elementos acarreables, son naturalmente auríferos también. Tal es el origen de las pajillas y pepitas del diluvium rojo, de los aluviones y conglomerados de la vega de Granada, entre ellos los cercanos á la capital, siendo los más auríferos los que llevan almendrillas ferruginosas, llamadas allí *lapinos* (1); igual procedencia y disposición ofrecen los diluviums de las montañas de León, los antiguos acarrees del centro de la provincia de Salamanca y la tierra roja aurífera de Peñafior y la Puebla de los Infantes, en la provincia de Sevilla, que deriva principalmente de la alteración de rocas diabásicas.

En Portugal, son auríferos los aluviones de Mondego y de Alva, en el distrito de Coimbra, y los de Rosmanihal y Monfortinho, en el de Castello Branco. Hay además en el vecino reino una clase de yacimiento que contiene oro, el cual no existe en el nuestro, y son los aluviones marinos, entre ellos los de Fonte das Soldados (Figueira da Foz), San Julião da Barra (Barra do Tejo) y Adiça (al Sur de Barra do Tejo) (2).

Varios ríos de nuestra Península contienen en sus arenas y aluviones cuarzosos pajuelas, granitos y aun pepitas de oro, si bien las tradiciones y leyendas han exagerado evidentemente su riqueza.

El Sil, desde Ponferrada hasta el Miño, sobre todo en dicho punto, Villafranca del Bierzo y Monferrada, es reputado de antiguo por sus escamitas auríferas, arenas de magnetita con algunos, aunque escasos indicios de nuestro metal, y accidentalmente verdaderas pepitas, como las antes mencionadas. Czyszowsky (3) piensa que éste, como todo el oro de los aluviones auríferos del Norte de España, proviene de la erupción de sulfuros, que siguió á la de las granulitas. La descomposición de estos sulfuros (piritas y arseno-

piritas), á los que está asociado, le dejaría después en libertad. Como los romanos explotaron las arenas del Sil y agotaron las porciones más accesibles, el señor Schulz (1) recomendaba en 1838 ensayar las masas en los puntos vírgenes que éstos dejaron. Hoy se ocupan en lavar las arenas de las márgenes del río algunos aldeanos, cuando se interrumpen las tareas agrícolas; mas el jornal que obtienen rara vez llega á 6 reales, habiéndose calculado el oro recogido allí en un año en 46 kg., ó sean 200 marcos de la antigua moneda de Castilla.

Otro tanto ocurre en el Miño, del cual hay un buen ejemplar de pepita en las colecciones del Museo de Historia Natural.

En Asturias, los ríos Navia, Narcea y Canero, y en León el Boeza, el Luna y otros del Bierzo, arrastran algo de oro entre sus arenas, en pequeñas pajitas ó granos; pero no tampoco en cantidad para alentar su beneficio. Como excepción, citó el Sr. Paillette las arenas recogidas cerca de un lavadero antiguo del Navia, las cuales le dieron:

Granos de cuarzo.	67.098
Magnetita	30.640
Oro.	2.020
Plata.	0.240
	100.000

Los antiguos hicieron también mérito del Duero como corriente aurífera, lo cual hoy no parece justificado, y debe fundarse en algún raro hallazgo, como el de pepitas en el Tormes y el Agueda, en la provincia de Salamanca, según el Sr. Gil y Maestre (2).

El Tajo se ha mencionado igualmente á veces como aurífero, y se citan hallazgos que, muy en pequeña escala, lo justifican en la provincia de Cáceres hasta Portugal. Recientemente Breidenbach se ha ocupado en este respecto del arroyo Elija, que corre por la frontera portuguesa y el cual tiene aluviones que él cree darían más resultados que el obtenido hasta ahora, merced á mezclar arenas de diferentes niveles.

(1) Gonzalo Tarín: *Reseña fís. y geol. de la provincia de Granada* (Bol. Com. Map. geol., t. VIII.)

(2) J. Pedro Gomes: *Mineraes descobertos em Portugal*. (Commun. da Direcção dos Trabalh. geol., de Portugal, 1898.)

(3) *Les veines métallifères de l'Espagne*, 1897, pág. 145.

(1) *Reseña geol. del Principado de Asturias*. (Anales de Minería, t. I.)

(2) *Descrip. fís. y geol. de la provincia de Salamanca*. (Mem. Com. Map. geol.)

Strabón y Plinio hablan del Betis como de márgenes auríferas, lo cual ha tratado de explicarse como producto de acarrees de la región de la Sierra de Peñaflor (1); pero lo cierto es que en la época moderna no se cita ningún hallazgo del metal en las orillas del Guadalquivir.

El Darro, cuyo nombre es corrupción de *d'auuro*, río de oro, es el más reputado de nuestra Península en el respecto que nos ocupa. En efecto, en todos tiempos se han recogido en sus orillas, así como en las del Genil, pajitas, granos y pequeñas pepitas, procedentes, sin duda, de la desagregación de las micacitas y otras rocas de Sierra Nevada, como diremos luego al tratar en general de esta región aurífera.

Localidades.—Son diversos los puntos del territorio español en que se ha hallado bajo diferentes formas el precioso metal, y aunque quedan citados ya la mayoría, convendrá indicarlos por regiones, añadiendo algunos datos locales, para dar una idea completa de la distribución y carácter de nuestros yacimientos auríferos.

En la región pirenaica, debemos mencionar, ante todo, los filones de cuarzo aurífero de San Miguel de Culerá (Gerona), que han sido objeto de repetidas é infructuosas tentativas de explotación y los cuales cortan las pizarras cámbricas trastornadas. El Sr. Rojas (2) distinguió dos zonas: una se extiende del cerro del Marqués á la Pineda, con 60 m. de ancho, y otra cruza desde el Giravent por el Pedregal, hasta el Olot de la Multra. En el cuarzo se hallan diseminadas arseno-pirita y blenda, ambos minerales con hebritas de oro, que motivaron varias explotaciones, las cuales nunca rindieron en estas minas dos onzas de oro por 1.000 quintales de mineral. También es ligeramente aurífera la magneto-pirita de un filoncillo que corta las pizarras ferruginosas á 1 km. á Levante de Lés (Lérida).

La cordillera cantábrica ofrece varios filones cuarzosos que atraviesan el terreno cristalino, en que existe algo de oro, frecuentemente asociado á la limonita, y á veces al rutilo.

La región de Asturias y León, el país

del oro, de Plinio, se distingue, más que por la cantidad de metal precioso que puede suministrar actualmente, por la variedad de yacimientos que hay en ella (1). Hay, como hemos dicho, pepitas y polvo en capas cuarteadas cuarzosas, y en la masa de las pizarras en que encajan; en vetas cuarzosas (Caporales, Salientes, concejo de Caso, etc.); en arcillas que resultan de la descomposición de las pizarras (cerca de Navelgas, distrito de Salas); interpuesto microscópicamente en el cuarzo (cuarcitas blancas y puras del cámbrico de Navelgas y otras localidades); en la pirita (Salave), ó, en fin, trasportado por los ríos (Navia, Narcea y Canero en Asturias; Boeza, Luna y otros del Vierzo en León).

En Galicia, se citan como localidades en que se ha hallado el oro Castro del Rey (Lugo), la cuenca de Zas y de Bayo (Coruña), aparte de los ríos auríferos (principalmente el Sil y el Miño), oportunamente citados.

En Zamora (2), tienen fama de auríferas las cuarcitas del serrijón de Peña Negra y de Muelas de los Caballeros, por más que en ellas apenas se distingue señal alguna. Sin embargo, los campesinos lavan las arenas que bajan de dicho serrijón, sacando algunas partículas. Los terrenos de acarreo del centro de la provincia de Salamanca también han proporcionado, excepcionalmente, según queda dicho, pepitas de cierta consideración.

Carecen completamente de importancia los filones ferruginosos de Madriguera, Serracín, Muyo y Becerril, en la provincia de Segovia, y asimismo los cuarzos de Riaza, en que se fijó la atención de algunos mineros, suponiéndolos ricos. Como curiosidad sólo, puede citarse el haber sido vistos indicios del metal en San Ildefonso y Guadarrama, según el Sr. Maestre (3); y no mayor importancia tienen los hallazgos en los filones, tanto argentíferos como estériles, de los cuarzos y pizarras silíceas que rodean el yacimiento de Hiendelaencina; y así, en Alcorlo, Las Navas de

(1) Lock: *Gold, its occurrence and extraction.*

(2) *Filones de la prov. de Gerona.*—Rev. min., t. II.

(1) Martínez Alcibar: *Examen de antiguos trabajos de explot. de min. aurif. en Asturias.*—Rev. Min., t. I.

(2) G. Puig: *Descrip. fis. y geológ. de la prov. de Zamora.* (Mem. de la Com. del Map. geol.)

(3) *Anal. de Min., t. II.*

Jadraque, Semillas, Arroyo de Fraguas y algunos otros puntos de la provincia de Guadalajara, se ha explotado el cuarzo aurífero con poco éxito (1). Las hojuelas, pajillas y granitos buscados aparecían en el cemento de un conglomerado, compuesto de cantos cuarzosos, unidos por una arcilla ferruginosa. Véanse señales, allí y en otros puntos de la misma Sierra, de antiguas explotaciones, y según algunos ensayos, hay muestras que contienen 100 gramos de oro por tonelada; pero á pesar de esto, lo cierto es que los intentos repetidos de explotación no han dado en la época moderna resultados remunerativos.

Un filón que goza de cierta celebridad, por haber sido repetidas veces explotado y abandonado, es el de la Nava del Rico-Malillo (Cáceres), cerca del cual hay también conglomerados que son algún tanto auríferos. De Membro, de la misma provincia y terrenos que recorre el Tajo, hasta internarse en Portugal, se conocen granillos auríferos, y ya nos hemos ocupado antes en el mismo respecto de los aluviones del arroyo Elija, algunas de cuyas capas, bien explotadas, sin mezclarlas con otras, parece serían merecedoras de un intento de beneficio.

En Andalucía existen algunos yacimientos de interés, al menos desde el punto de vista teórico. En Sierra Morena, el de Peñafior y Lora del Río, en la región de la falla del Guadalquivir, descubierto en estos últimos años, consiste en mantos de tierra roja arcillosa, que contienen particulitas sumamente tenues de oro: las hay también en los conglomerados miocenos inmediatos; pero en general, escasean fuera de los puntos en que la acción de las aguas antiguas ó modernas las ha concentrado, acumulándolas con otras de oligisto y magnetita. Los ensayos practicados por M. Nogués y otros ingenieros, han dado proporciones muy variables; uno realizado por D. Laureano Calderón en unas muestras que le fueron remitidas, dió 10 gramos por metro cúbico de tierra. La anabergita de un filón sirve de ganga á granos bastante voluminosos, y alambres de más de 2 cm. (Colecciones de la Universidad de Sevilla); y en los conglomerados del helve-

ciense que reposa bajo las arcillas, existen también granillos y pajuelas. El oro procede, según nuestras investigaciones, de las diabasas y gabbros de la Sierra de Peñafior, en las que deben hallarse bajo forma invisible, siendo evidente que allí no existen verdaderos filones (1).

De Almería se han citado varios hallazgos de oro, no siempre confirmados, mereciendo mención los filones cuarcíferos del Cabo de Gata, en general pobres, aunque algunas muestras ensayadas han dado hasta 116 onzas por quintal castellano. En el criadero de Santomera (Sierra de Orihuela), en una masa formada por diferentes minerales de cobre, hay no pocas veces oro nativo, según el Sr. Botella (2).

Los yacimientos más notables del Mediodía son, sin duda, los de la Sierra Nevada. La roca originaria de que procede el metal precioso es la micacita, que está impregnada de él, y á expensas de dicha roca ha emigrado después aquél á los conglomerados y á los aluviones. El reputado ingeniero Sr. Bourdariat (3) ha resumido recientemente el fruto de anteriores investigaciones de otros exploradores y las suyas propias, sobre el yacimiento granadino sito en las colinas de la ribera del Darro y del Genil, en un trabajo que extractaremos brevemente.

La edad de estos aluviones, aún indeterminada, debe referirse, según el autor, al plioceno superior. Forman parte de ellos detritus de pizarras cristalinas, anfibolitas, cuarcitas, calizas cristalinas, rocas básicas y serpentinas, procedentes todas del circo de hundimiento del Barranco de San Juan, en la Sierra Nevada, de acuerdo con la opinión emitida anteriormente por el señor Guillemin-Tarayre. Muchas de estas rocas son auríferas, aunque en diferente proporción. También se observa diseminada irregularmente por la superficie de los aluviones una capa roja de arcilla ferruginosa, como la del yacimiento de Peñafior, algo aurífera, aunque no en condiciones de beneficiarse.

(1) Informe del ingeniero M. P. Lévy sobre los yacimientos auríferos de Peñafior. Sevilla, 1885.

(2) *Descrip. geológ.-min. de las prov. de Murcia y Albacete.*—Madrid, 1868, pág. 51.

(3) *Notes sur les alluv. aurif. de Grenade (Espagne).* (*Bull. Soc. belge de Géol.*, t. VIII.)

(1) Antissier: *Industrie minérale*, t. VII, 1884.

El autor participa completamente de la opinión que nosotros emitimos, y así lo declara, en punto á la arcilla y su contenido aurífero de las tierras rojas de Peñaflores y Granada, considerándolas como el resultado de la alteración de rocas precedentes, y no de emisiones hidrotermales, como algunos han pretendido (1).

En los aluviones auríferos de Granada, el metal se halla muy desigualmente repartido. Preséntase en pequeñas hojuelas aplastadas, habiéndolas más gruesas en la profundidad, y aun pepitas, como en el barranco de Doña Juana, uno de los sitios favoritos de los mineros; otras veces, por el contrario, se halla el metal en estado de polvo impalpable; diferencias en el tamaño, así como en la distribución, debidas á efectos de denudación ó concentración por las aguas en las balsadas ó en los *thalwegs*. Las tierras del aluvión, que constituyen las colinas donde se originan los tributarios del citado barranco, son todas auríferas, y á ello se debe el que en su lecho se encuentren las de mayor riqueza.

Producción.—No obstante el gran desarrollo que la extracción del oro alcanzó en nuestro suelo en las épocas de la antigüedad clásica, ó quizá por esto mismo, hoy no merece citarse como país aurífero. Tiempos ha habido, y no muy lejanos, en que la codicia ha especulado con las mayores ilusiones; pero éstas no han sido duraderas. Es verdad que, en las condiciones de la vida actual, no sería posible la explotación del metal, que se halla en cantidades infinitesimales, como ocurre en muchos yacimientos cámbricos y silúricos del Norte de España, donde se persiguió en grande escala. Los mismos yacimientos de Granada, incluso los aluviones, no parecen explotables por los procedimientos conocidos hasta el día, y sólo algunos infelices se ocupan en lavar las tierras y arenas, cuando no encuentran otra ocupación, obteniendo solamente un corto jornal por aquel trabajo.

La falta de interés industrial de nuestros yacimientos auríferos es causa de la escasez y aun carencia completa de datos estadísticos en la época moderna sobre la

producción de oro, la cual es de lamentar, aun desde el punto de vista teórico. Se sabe que en 1856 España figuró por 40 marcos. El Sr. Naranjo (1) dice (en 1862) que la estadística oficial de 1860 ya no consigna cantidad alguna de oro; pero que no bajaría de 23 kg. anuales la que obtenían los obreros asturianos y gallegos en las orillas del Sil, por medio del lavado en platos ó bateas de madera, bastante profundas, cuyo oro exportaban al vecino reino de Portugal. Ceyper (2) consigna que, en el año de 1870, España proporcionó sólo 5 toneladas de cuarzo aurífero. En las últimas estadísticas no figura, como queda dicho, el dato de la producción del oro en España, por no haber ninguna explotación importante.

Difícil es con estos datos augurar el porvenir que la industria del oro puede alcanzar en España en adelante, aparte de que los progresos de la industria permitan quizás el beneficio de yacimientos en que hoy sería ruinoso. Fijándonos en las dos regiones más importantes del país, diremos en conclusión que, por lo que respecta á la asturiana, Breidenbach opina que no es posible asegurar si ofrecería ó no ventaja, tratándose de los yacimientos más ricos, hasta hacer un ensayo con muchos centenares de toneladas de roca aurífera; y por lo que se refiere á los acarrees granadinos, estima Guillemin-Tarayre que su contenido varía entre 25 cént. y 6 pesetas en métrico cúbico, ó sea 0,5 gramos por término medio: lo cual no hace pensar que fuera inútil el estudio de la explotación en grande escala.

INSTITUCIÓN.

LIBROS RECIBIDOS.

Estado de Honduras.—*Mensaje del señor Presidente del Estado, Contestación del Congreso y Memorias de los Secretarios de Estado.*—Tegucigalpa, Tipografía nacional, 1897.—Don. de la Oficina de Canje.

Lutoslawski (W.)—*Stylometrisches*. (Sonderabdruck aus «Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik».)—Don. del autor.

(1) *Elem. de Mineral.* Madrid, 1862.

(2) *Revue universelle des Mines*, t. xxxv, 1874.

(1) Nogués: *Sur l'âge des érupt. pyroxéno-amphiboliques de la Sierra de Peñaflores*, etc. (Comp. rend. 1885.)